

clase obrera se desprendiera de la secuela que en ella dejaran las teorías que, si plenas de generosidad, no obstante constituían un lastre y un impedimento para la organización de los obreros como clase y para su acción realmente revolucionaria.

Dos exponentes de la necesaria labor divulgadora del Manifiesto Comunista, cada uno de ellos en su tiempo y condiciones particulares, se presentan en este breve volumen: la primera, de Antonio Labriola, el penetrante filósofo y político italiano, cada día más actual por la profundidad que supo infundirle a su amplia labor intelectual; la segunda, de D. Riazanov, uno de los grandes teóricos del movimiento obrero marxista en los años de la creación de la Internacional Comunista. Si los años transcurridos y las experiencias vividas no dejan de mostrarnos en algunos casos lo que a primera vista parecen limitaciones de algunos de estos comentarios al Manifiesto, sobre todo si nos alejamos del contexto histórico en que fueron escritos, por otra parte nos muestran los esfuerzos realizados por llevar al proletariado las grandes enseñanzas de Marx y Engels, y en todo caso tienen el valor de lo que la historia nos ofrece para aprender de ella.

EDICIONES ROCA

EL MANIFIESTO COMUNISTA DE MARX Y ENGELS

Antonio Labriola (1842-1904), socialista y profesor de Filosofía en la Universidad de Roma, uno de los mejores conocedores y divulgadores del materialismo histórico en los países latinos, escribió el presente ensayo en 1895, y lo dio a la luz en italiano y en francés para conmemorar el cincuenta aniversario del Manifiesto Comunista.

La fecha memorable en que el *Manifiesto del Partido Comunista* vio la luz (febrero de 1848) señala nuestra primera e indiscutible salida a la escena de la historia. De esta fecha arrancan todos nuestros juicios ponderativos acerca de los progresos realizados por el proletariado de cincuenta años a esta parte. Esta fecha marca el comienzo de la Nueva Era, de esta era que arranca y asciende, o por mejor decir, se alumbra de la presente, para desarrollarse por formación recóndita, interior, de modo necesario e ineluctable, cualesquiera que sean las transformaciones que puedan seguirse y que hoy no cabe predecir.

Todos aquellos que sientan el anhelo o la necesidad de poseer una conciencia perfecta de su propia obra, deberán forzosamente representarse las causas y las fuerzas propulsoras que determinaron en su día los orígenes del Manifiesto, las circunstancias que lo hicieron nacer en vísperas de una re-

volución que se extendió desde París hasta Viena y desde Palermo hasta Berlín. Sólo de este modo podremos desentrañar la tendencia progresiva hacia el socialismo que se está gestando bajo la forma social de los tiempos presentes, y demostrar lógicamente, por su razón de ser actual, la hipotética necesidad de su triunfo.

¿No es aquí, en realidad, donde está el nervio del Manifiesto, su sustancia y su verdadero carácter?

Seguiríamos seguramente una senda falsa si nos empeñáramos en considerar como lo esencial de su contenido aquellas medidas que se propugnan al final del capítulo segundo para ser implantadas, llegado el caso de una revolución proletaria triunfante, o las sumarias orientaciones de carácter político que nos brinda el capítulo cuarto respecto a los otros partidos revolucionarios de la época. Estos consejos y orientaciones, muy dignos de ser tenidos en cuenta en el momento y bajo las circunstancias en que se formularon, importantísimos además para quien quiera formarse un juicio exacto acerca de la actuación política de los comunistas alemanes durante el periodo revolucionario que va de 1848 a 1850, no son ya para nosotros, hombres de hoy, un conjunto de criterios prácticos a favor o en contra de los cuales debamos, antes de sentar ninguna conclusión, tomar partido. Cuantos partidos políticos han surgido en los diversos países desde la Internacional para acá, hablando en nombre del proletariado y tomando a éste por base inexcusable de sustentación, han sentido y experimentan todavía, en la medida en que nacen y se desarrollan, la necesidad imperiosa de adaptar su programa y su táctica a las circunstancias, siempre múltiples y distintas. Pero ninguno de esos partidos ve tan cercano el día

de la dictadura del proletariado, que sienta la necesidad, el deseo, ni siquiera la tentación, de contrastar sobre la nueva realidad las medidas propuestas en el Manifiesto y decidirse acerca de ellas. En la realidad, no hay más experiencias históricas que aquellas que la propia historia crea; y estas experiencias ni pueden anticiparse ni hacerse brotar por designio premeditado o por decreto. La Comuna de París es una de estas experiencias. Era, es y sigue siendo hasta hoy [1895], la única experiencia aproximada, aunque hartamente confusa —por lo súbitamente que estalló y el poco tiempo que se sostuvo— que poseemos de la actuación del proletariado puesto al frente del poder político. Una experiencia, además, que nadie quiso, sino que las circunstancias impusieron; y esta experiencia, heroicamente mantenida, es hoy, para nosotros, provechosa enseñanza. En países en que el movimiento socialista es incipiente, puede muy bien ocurrir —como con frecuencia ocurre en Italia— que, por falta de experiencia personal y directa, se acoja a la autoridad de un gesto, invocándolo como norma preceptiva, pero en el fondo esto carece de toda importancia.

Tampoco puede, a mi juicio, buscarse el nervio, la sustancia, el carácter decisivo del Manifiesto en lo que dice al hablar de otras formas y modalidades del socialismo bajo la rúbrica de "literatura". Todo el capítulo tercero puede, sin duda alguna, servir para poner de relieve, mediante la exclusión y la antítesis, por medio de trazos característicos concisos, pero enérgicos y vigorosos, las verdaderas diferencias que separan el comunismo a que suele darse hoy el nombre —no siempre consciente— de científico, el comunismo que tiene por objeto al proletariado y por meta la revolución proletaria,

de las otras formas del socialismo: el reaccionario, el burgués, el semiburgués y pequeñoburgués, el utópico, etc. Todas esas formas, con una sola excepción,¹ han vuelto a presentarse y se han reproducido más de una vez, y hoy mismo se presentan y reproducen en aquellos países en que el moderno movimiento proletario comienza a despertar. En estos países y bajo estas circunstancias, el Manifiesto tiene todavía una misión que cumplir como crítica viva y azote literario. Pero en los países en que esas formas han sido ya superadas teórica y prácticamente, como Alemania y Austria, o en que sólo sobreviven aferradas a algunos como opinión individual, que es lo que acontece en Francia e Inglaterra, para no hablar de otros pueblos, el Manifiesto ya no tiene nada que hacer en este terreno. Se limita a registrar para el recuerdo cosas que no interesa en lo más mínimo recordar, cuando ya el proletariado tiene una actuación política y ésta se desarrolla en un sentido de progreso constantemente ascensional.

No era otro, en efecto, el estado de ánimo anticipado de quienes lo escribieron. Impulsados por la fuerza de su pensamiento y apoyados en unos cuantos datos de experiencia, se remontaron sobre los acontecimientos, contentándose con poner de manifiesto la eliminación y condenación de lo que habían superado. El comunismo crítico —que éste es su verdadero nombre, al que ningún otro iguala en precisión para designar esta teoría— no venía a suspirar, como los feudelistas, por el mundo antiguo, para criticar en lo que a él se oponía la sociedad

¹ Me refiero a la forma que el Manifiesto califica irónicamente de socialismo "verdadero" o alemán. Este párrafo, ininteligible para cuantos no están familiarizados con la filosofía alemana de la época, sobre todo en algunas de sus tendencias más degeneradas, fue omitido acertadamente en la primera traducción española del Manifiesto (1886).

moderna: sus miradas se concentraban todas en el futuro. Ni se aliaba tampoco con los pequeños burgueses en la quimera de salvar lo que no tenía salvación: por ejemplo, la pequeña propiedad o la vida apacible de las gentes humildes que destruye y arrolla la acción vertiginosa del Estado moderno, como órgano necesario y natural de la moderna sociedad, que con sus incesantes revoluciones entrafía y lleva aparejada la necesidad de otras revoluciones nuevas y más profundas. Tampoco traducía los conflictos reales de intereses de carácter material, que revela la vida de cada día, en antojos sobrenaturales, en un enfermizo sentimentalismo o en consideraciones de orden religioso: lejos de eso, lo que hacía era poner al desnudo esos contrastes en toda su prosaica realidad. No edificaba la sociedad del mañana con arreglo a un plano armónico y perfecto, en todas y cada una de sus partes. No tenía una sola palabra de alabanza ni de entusiasmo, de adoración ni de queja para las dos diosas de la mitología filosófica: la Justicia y la Igualdad, esas dos diosas que tan triste facha presentan en la diaria realidad, cuando se ve cómo la historia, en el torpe rodar estéril de los siglos, no parece tener otro designio que contradecir sus infalibles postulados. Más aún, estos comunistas que asignan a los proletarios, partiendo de hechos nada gratuitos, la misión de ser los enterradores de la burguesía, rinden a esta misma burguesía el homenaje de considerarla autora de una forma social que representa, exterior e intrínsecamente, una fase importantísima de progreso, la única que puede brindar el terreno para las nuevas luchas de las que ha de salir triunfante el proletariado. Jamás se escribió responso más grandioso. En este cántico de alabanzas a la burguesía hay un no sé qué de humorismo trágico; algunos han encontrado ditirámica esta parte del Manifiesto.

Por muy inatacables que sean las definiciones repudiadoras de las otras formas de socialismo, frecuentes entonces y que aun hoy no han desaparecido del todo, estas definiciones, así en el fondo como en la forma y en cuanto a la finalidad que persiguen, no pretenden reflejar ni reflejan tampoco, la verdadera historia del socialismo. Quien quiera trazar esta historia, no debe buscar en ellas el diseño ni la mira. En efecto, la historia no gira sobre la distinción entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, y mucho menos sobre la antítesis, todavía más abstracta, entre lo posible y lo real, como si de un lado estuviesen las cosas y del otro la sombra y el reflejo por ellas proyectado en las ideas. La historia está hecha de una pieza y descansa en el proceso de formación y transformación de la sociedad; o lo que es lo mismo, discurre por cauces objetivos, independientemente de nuestra aquiescencia o reprobación. La historia es, para decirlo con los positivistas, tan ávidos de semejantes expresiones y tan dados, sin embargo, a aferrarse a las nuevas frases lanzadas por ellos, una dinámica de tipo especial. Las diferentes formas de pensamiento y acción socialistas que aparecen y desaparecen en el transcurso de los siglos, tan diversas en sus causas, en su faz exterior y en sus efectos, han de estudiarse y explicarse todas ellas por los factores concretos y complejos de la vida social a la sombra de los cuales se producen. Observadas de cerca, se advierte que no forman un todo único y constante de progreso ininterrumpido, que la serie sufre soluciones varias de continuidad, producidas por el cambio del complejo social y las fallas y dislocamientos de la tradición. Sólo desde la Gran Revolución se advierte una cierta unidad en el desarrollo del socialismo, más clara y patente ya a partir del año 1830, a partir del momento en que la burguesía francesa e

inglesa empuña definitivamente el timón político y que desde la Internacional toma, por decirlo así, caracteres plásticos y tangibles. El Manifiesto se alza en esta calzada como una gran piedra miliar que ostenta una doble inscripción: en el anverso el cuño de la nueva doctrina que había de dar la vuelta al mundo, en el reverso la orientación acerca de las formas que enterraba, aunque sin trazar su historia.¹

El nervio, la sustancia, el carácter decisivo de esta obra residen íntegramente en la nueva concepción histórica que la anima y que, en parte, el propio Manifiesto analiza y desarrolla. Gracias a esta nueva concepción, el comunismo deja de ser una esperanza, un anhelo, un recuerdo, una hipótesis, una huida, y por primera vez encuentra adecuada expresión en la conciencia de su necesidad, es decir, en la conciencia de que en él se halla la meta y solución de las modernas luchas de clases. Estas luchas, que cambian según los lugares y los tiempos y sobre las que se desenvuelve la historia, se reducen todas, en nuestros días, a una sola: la lucha entre la burguesía capitalista y los obreros, sujetos a un proceso inevitable de proletarización. El Manifiesto traza la historia de los orígenes de esta lucha, determina el ritmo de su desarrollo y predice su resultado final.

En esta concepción de la historia tiene su raíz

¹ Las lecciones que desde hace varios años, desde hace ocho años, vengo explicando en la Universidad acerca de los orígenes del socialismo moderno, historia general del socialismo y materialismo histórico, me han permitido dominar toda esa literatura, perfilar sus perspectivas y ordenarlas sistemáticamente. La tarea, ya difícil de suyo, lo es aún más en Italia, donde no existen tradiciones de escuelas socialistas y donde el partido es tan reciente, que no puede tomarse como piedra de toque de formación y desarrollo.

toda la teoría del comunismo científico. Desde ahora, los adversarios teóricos del socialismo ya no podrán pararse a discutir la posibilidad abstracta de una socialización democrática de los medios de producción,¹ como si fuese hacedero, así planteada la cuestión, basa sus juicios en argumentaciones derivadas de las cualidades o predisposiciones generales y comunes que se asignan a la pretendida naturaleza humana. Ahora, todo el problema gira en torno a esto: a que en el decurso de las cosas humanas se reconozca una necesidad que está por encima de nuestras simpatías y de nuestra personal subjetiva adhesión. ¿Está la sociedad, en los países avanzados de la civilización, organizada de modo tal, que haya de pasar al régimen de comunismo por la acción de las leyes que rigen su propio porvenir, tan pronto como presente la estructura económica adecuada y surjan en ella las contradicciones que brotan necesariamente de su seno y que acaban por destruirla y disolverla?

Tal resulta el eje de todas las discusiones, desde que aparece en escena esta teoría. Y de aquí se desprende también la táctica que se impone a la acción de los partidos socialistas, lo mismo los que se componen de proletarios solamente que los que admiten en su seno a elementos procedentes de otras clases e incorporados como voluntarios a las filas de la clase obrera.

¹ Es más exacto hablar de socialización democrática de los medios de producción que de propiedad colectiva, pues esta expresión encierra un cierto error teórico. En primer lugar, sustituye al hecho económico real un término jurídico, y en segundo lugar, se presta a sugerir en muchos el equívoco de que se trata de aumentar los monopolios, de fomentar la nacionalización de los servicios públicos y de todas esas fantasmagorías que se engloban bajo el nombre insistente de "socialismo de Estado" y cuya eficacia se reduce a potencializar los medios económicos de explotación en manos de la clase explotadora.

En este sentido, aceptamos de buen grado el predicado de científicos, siempre y cuando que con ello no se nos equipare a los positivistas, gentes poco gratas las más de las veces, que hacen de la "ciencia" un monopolio. Nosotros no nos esforzamos, como los abogados o los sofistas, en afirmar un postulado de vigencia abstracta, ni nos molestamos en demostrar la razón de nuestros objetivos. Lo único que nos interesa es dar expresión teórica e interpretación práctica a esos factores concretos que nos brinda el análisis del proceso histórico, tal como se desarrolla entre nosotros y en torno nuestro, de ese proceso que entrañan las relaciones reales de la vida social que tienen en nosotros su sujeto y su objeto, su causa y su fin. Nuestros objetivos no son racionales porque se apoyen en los fundamentos de la razón discursiva, sino porque se desprenden del estudio objetivo de las cosas, o lo que tanto vale, de la comprensión de su desarrollo, que no es ni puede ser fruto o resultado de nuestra elección, sino por el contrario algo que triunfa de nuestra voluntad individual y se la somete.

Ninguna de las obras anteriores ni posteriores publicadas por los autores del Manifiesto, con tener una importancia científica mucho mayor, puede sustituir al Manifiesto ni encierra la fuerza específica de acción de éste. El Manifiesto nos da, con su clásica sencillez, la expresión auténtica de esta situación: el proletariado moderno es, nace, crece y se desarrolla a lo largo de la historia contemporánea como el sujeto concreto, la fuerza positiva cuya acción revolucionaria necesaria tiene forzosamente que encontrar su necesaria meta en el comunismo. Por eso esta obra, dando una base teórica a su predicción y revistiéndola en fórmulas tajantes, concisas y vivas, forma un arsenal, o por

mejor decir, un vivero inagotable de gérmenes de pensamientos que el lector puede fecundar y multiplicar hasta el infinito, atesora toda esa fuerza auténtica y originaria de lo que acaba de nacer y apenas se ha desprendido todavía de la tierra matriz. Hacemos esta observación para salir, principalmente, al paso de cuantos, jactándose de una ignorancia llena de erudición y no siendo en realidad más que unos fanfarrones, charlatanes o amables *dilettantis*, no se cansan, a despecho del sano sentido común y hasta de la más vulgar cronología, de buscar a la doctrina del comunismo crítico toda suerte de precursores, custodios, aliados y maestros. Unos pretenden retrotraer nuestra concepción materialista de la historia a la teoría de la evolución general, que para muchos de ellos no es más que una nueva metáfora de una nueva metafísica; otros se esfuerzan por presentarla como una variante del darwinismo, que sólo desde un determinado punto de vista y en un sentido muy amplio guarda con ella alguna afinidad; otros tienen la deferencia de ofrendarnos la alianza, cuando no la tutela, de la filosofía positivista que va desde Comte, discípulo degenerado y reaccionario del genial Saint-Simon, hasta Spencer, quintaesencia del buen burgués anarquista; o lo que es lo mismo, se empeñan en darnos por aliados a nuestros más francos enemigos.

La fuerza germinal, el vigor clásico y la capacidad para sintetizar en tan pocas páginas¹ tantas

¹ El Manifiesto Comunista, en la edición original (Londres, febrero de 1848), que debo a la gran amabilidad de Engels, ocupa 25 páginas en octavo. Advertiré aquí de pasada que he resistido a la tentación de poner al pie del presente trabajo notas, referencias y citas bibliográficas, para no conver-

y tan hinchidas series y tantos grupos de pensamientos lo debe esta obra a su origen.

Obra de dos alemanes, no es, ni por la forma ni por el contenido, expresión de un modo de ver personal. No se busquen en sus páginas esas imprecaciones, explosiones de ira y de amargura que a todos los emigrados políticos se les escapan y que tiñen las obras de cuantos abandonan voluntariamente su patria para respirar bajo otro cielo aire más libre. Ni se busque tampoco en ellas el reflejo inmediato de las circunstancias imperantes en la patria de sus autores, harto tristes en lo político, y en lo económico y lo social sólo muy de lejos comparables con las de Francia e Inglaterra. Mas sus autores depositan en el Manifiesto la idea filosófica gracias a la cual su patria se había elevado y se mantenía al nivel de la historia contemporánea, aquella idea filosófica a la que ellos precisamente venían a imprimir la importantísima transformación que permitiría al materialismo, ya renovado por Feuerbach, aliarse con la dialéctica para captar y comprender de este modo la dinámica de la historia en sus más recónditas raíces, en esas raíces que hasta entonces no habían sido investigadas por su misma reconditez y la dificultad de analizarlas. Ambos eran comunistas y revolucionarios, pero no lo eran por instinto ni por pasión impulsiva; lo eran porque habían desentrañado una crítica totalmente nueva de la ciencia económica y comprendido el sentido y la concatenación histórica del movimiento proletario de ambos lados del Canal, en Inglaterra y en Francia, antes de que se les encomendase la misión de

tir este sencillo ensayo en un estudio erudito o en un libro. Espero que el lector me creará sobre mi palabra: en todo este ensayo no hay una sola alusión ni un solo pensamiento o punto de vista que no se pueda documentar sobre las fuentes.

exponer en el Manifiesto los principios y el programa de la Liga Comunista. Esta Liga tenía su sede en Londres y numerosas ramificaciones en el continente; era una organización que tenía ya vida propia y un pasado.

Antes de colaborar en el Manifiesto, Engels había dado ya a las prensas un estudio crítico en el que, renunciando a proponer mejoras parciales y subjetivas, dejaba por primera vez que la crítica de la economía política brotase objetivamente de las contradicciones internas inherentes a los conceptos y a los principios de la propia economía, y había adquirido ya fama por la publicación de un libro sobre la situación de los obreros ingleses, libro que era la primera tentativa que se hacía para exponer los movimientos de la clase trabajadora como fruto de la dinámica de las fuerzas productivas y de los medios de producción. Marx se había dado a conocer en pocos años como publicista radical en Alemania, París y Bruselas; había captado ya los primeros elementos de la concepción materialista de la historia; había refutado, con su crítica teórica triunfal, las hipótesis y deducciones de la teoría proudhoniana, dando la primera explicación exacta de la fuente de la plusvalía como efecto de la compra y aplicación de la fuerza de trabajo, primer germen de las ideas que más tarde había de exponer y construir sistemática y detenidamente en su *Capital*. Ambos se mantenían en contacto con los revolucionarios de los diferentes países europeos y principalmente los de Francia, Bélgica e Inglaterra; su Manifiesto no era la obra de su opinión personal, sino la doctrina de un partido, cuyo espíritu, finalidad y actuación constituían ya los de la Internacional de los trabajadores.

Es aquí donde se contienen los orígenes del socialismo moderno. Y aquí también donde hemos de encontrar la línea divisoria que nos separa de cuanto no sea eso.

La "Liga Comunista" había surgido de la "Liga de los Justicieros", que, a su vez, había ido formándose por etapas en el seno de todo aquel tropel de emigrados y proscritos, por una clara conciencia de sus fines proletarios. Como tipo de organización que llevaba en su entraña, en germen, la forma de todos los demás movimientos socialistas y proletarios del futuro, esta Liga había atravesado por las diferentes fases de la conspiración y del socialismo igualitario. Con Grün hizose metafísica y con Weitling utópica. Domiciliada en Londres, interesose por el movimiento cartista y ejerció sobre él algún influjo; este movimiento vino a revelar, con su carácter desordenado —ya que no era el fruto de una experiencia madura anterior, ni obra de una conspiración o de una secta—, cuán difícil y duro se hacía formar el partido de la política proletaria. La tendencia socialista no apuntó en el cartismo hasta que el movimiento tocaba ya a su fin y finalizaba de hecho (en este respecto, son inolvidables los nombres de Jones y Harney). La Liga Comunista veía alzarse por todas partes la revolución, no sólo porque flotaba, en efecto, en la atmósfera, sino también porque su impulso y sus métodos didácticos la empujaban a ello. Y al estallar efectivamente la revolución, se encontró pertrechada, gracias a la nueva doctrina del Manifiesto, con un arma de conciencia que era a la par un arma de lucha. Fuerza internacional ya por el carácter y la diversa procedencia de sus afiliados, y más todavía por el instinto y la inclinación de todos, ocupó su puesto en el movimiento

general de la vida política como precursor preciso y claro de todo lo que hoy podemos englobar bajo el nombre de socialismo moderno, siempre y cuando que por "moderno" no se entienda una simple fecha cronológica externa, sino el signo distintivo de un proceso operado en la sociedad por su interna transformación.

Una larga interrupción, que va desde 1852 a 1864 —periodo de reacción política en el que desaparecen también o se dispersan y eclipsan las viejas escuelas socialistas—, separa la organización internacional de la Asociación de Cultura obrera constituida en Londres, de la Internacional por antonomasia, la que desde 1864 hasta 1873 laboró por dar unidad a las luchas del proletariado europeo y americano. Desde la disolución de la Internacional, de glorioso recuerdo, hasta la fundación de la nueva Internacional que hoy vive y funciona a base de otros medios y se desenvuelve bajo otras formas, adecuados unos y otras a la situación de los tiempos presentes y apoyada en una más madura experiencia, la acción del proletariado sufrió en todos los países— con la única excepción de Alemania—, y sobre todo en Francia, otras soluciones de continuidad. Pero así como los supervivientes de los que en el mes de diciembre de 1847 expusieron y aceptaron la nueva doctrina salieron nuevamente a la escena pública en la gran Internacional y más tarde, otra vez, en la Internacional nueva, el Manifiesto se publicó en repetidas ocasiones, hasta dar la vuelta al mundo, traducido a todas las lenguas cultas, designio que sus autores se habían trazado ya desde el primer momento, aunque sin poderlo realizar.

Aquí reside nuestro verdadero punto de partida, y es aquí donde hemos de buscar nuestros verdaderos precursores, los que recorrieron antes

que nadie, en hora propicia, con paso veloz pero seguro, el camino que nosotros tenemos que recorrer también y estamos ya recorriendo. No debemos llamar precursores nuestros a quienes abrazan caminos que luego hay que abandonar o, para decirlo sin metáfora, a quienes profesan doctrinas o encabezan movimientos que podrán estar todo lo justificados que se quiera por los tiempos y las circunstancias en que se producen, pero que han sido luego arrollados por la teoría del comunismo crítico, por las enseñanzas de la revolución proletaria. No queremos con esto decir que estas doctrinas y tentativas fuesen manifestaciones puramente fortuitas, estériles y superfluas. En la historia nada hay irracional, pues nada acaece sin responder a un fundamento, ni nada, por tanto, adolece de superfluidad. Aún es hoy día en que para llegar a una completa inteligencia del comunismo crítico no tenemos más remedio que repasar y dejar atrás mentalmente aquellas doctrinas, siguiendo sus vicisitudes, para ver cómo nacieron y fueron superadas. Pues esa es la verdad, que no sólo se incorporaron al pasado, sino que fueron intrínsecamente superadas, así por el cambio operado en las condiciones de vida de la sociedad, como por el conocimiento más exacto de las leyes que regían su formación y desarrollo.

El momento en que estas doctrinas desaparecían en el pasado, o lo que tanto vale, el momento en que eran intrínsecamente superadas, era precisamente aquel en que veía la luz el Manifiesto Comunista. Esta obra, verdadera partida de nacimiento del socialismo moderno, en la que sólo se contienen los rasgos más generales y más fácilmente inteligibles de la doctrina, guarda en sus páginas huellas del medio histórico en que surgió: Francia, Inglaterra y Alemania. Desde entonces,

el ámbito de su propagación y difusión no ha hecho más que crecer, y es ya tan vasto que abarca el mundo entero civilizado. En todos los países en que ha pugnado por abrirse paso la tendencia hacia el comunismo, en medio de los antagonismos muy varios en su aspecto externo, pero cada día más claros, entre el proletariado y la burguesía se repite varias veces, en todo o en parte, el mismo proceso. Los partidos proletarios que han ido formándose, uno tras otro, discurren todos por los cauces abiertos por los precursores, pero este proceso va cobrando cada vez mayor celeridad de país en país y de año en año, conforme se acentúa la claridad y la fuerza de necesidad propulsora de aquellos antagonismos; cosa explicable, además, por otra razón, ya que es siempre mucho más fácil aceptar una doctrina y una dirección que no crearlas por vez primera. Nuestros maestros y precursores de hace más de cincuenta años eran también auténticamente internacionales desde este punto de vista, pues trazaron al proletariado de los diferentes países, con su ejemplo, los derroteros generales de la labor que necesariamente había de ser llevada a cabo.

Pero, hoy como como siempre y como dondequiera, el verdadero y perfecto conocimiento teórico del socialismo está en la conciencia de su necesidad histórica, o lo que tanto vale, en la conciencia del modo como surgió. Y la historia de sus orígenes se refleja con toda exactitud, como en un campo concentrado de observación y en apretada imagen, en la formación del Manifiesto Comunista. Tratábase de forjar un arma eficaz de guerra: por eso no guarda exteriormente los vestigios de su origen; en sus páginas hay más afirma-

ciones sustanciales que discursos probatorios. La prueba reside íntegramente en el imperativo de la necesidad. Inténtese repetir la experiencia de esta obra y se comprenderá en todo su alcance la verdad de la doctrina contenida en el Manifiesto.

Hay un método de investigación, que consiste en diseccionar por vía abstracta las diferentes partes de un organismo, destruyéndolo para formar tantos elementos sueltos como articulados concurren en la unidad conjunta. Pero hay otro método, y es el único que nos permite comprender la historia, que sólo analiza y separa los elementos para volver a encontrar en ellos la necesidad objetiva de su cooperación hacia un resultado final.

Hoy día, es ya cosa sentada que el socialismo moderno surge como producto normal, y por tanto inevitable, de la historia. Su acción política, que el porvenir podrá contener y demorar, pero nunca estrangular, arranca de la Internacional. Mas ello no quiere decir que no haya ido precedida por el Manifiesto. Y la doctrina de éste reside sobre todo en el resplandor que proyecta sobre el movimiento proletario, que sin él se hubiera engendrado y desarrollado al margen de toda teoría. Pero no es sólo eso. El comunismo crítico no nace hasta el instante en que el movimiento proletario, resultado de los factores sociales, tiene ya fuerza bastante para comprender que estos factores son susceptibles de cambio y para barruntar los medios por los cuales se los puede hacer cambiar y en qué sentido. No bastaba que el socialismo fuese un producto de la historia: era menester, además, conocer las causas internas de este hecho y saber adónde llevaba toda su actuación. La confirmación de que la clase obrera, como producto necesario de la sociedad moderna, tiene por misión sustituir a la burguesía como fuerza productiva de un nuevo

orden social en el que necesariamente desaparecerán los antagonismos de clase, hace del Manifiesto el momento característico del proceso general de la historia. Es un descubrimiento, pero no al modo de una oscura revelación o del hallazgo de un reino milenario. Es el descubrimiento científico y reflexivo de los derroteros que nuestra propia sociedad burguesa sigue.

De este modo, el Manifiesto traza la historia interna de sus orígenes, y justifica su teoría a la par que explica su gran influencia y su maravillosa eficacia. Sin perdernos en detalles, recogeremos a continuación las series y grupos de elementos que, articulados en esta viva y cuidadosa trabazón, encierran el germen de donde luego ha de salir y desarrollarse todo el socialismo científico moderno.

Los materiales más próximos, plásticos e inmediatos los brindaban Francia e Inglaterra, que ya habían tenido, a partir de 1830, un movimiento obrero. Un movimiento que, unas veces se confundía con los demás movimientos revolucionarios, y otras veces cobraba sentido propio y propia sustantividad, y que iba desde la indignación instintiva hasta los fines prácticos de los partidos políticos (por ej., el cartismo y la democracia social); de él brotaban diversas formas transitorias y percederas de comunismo y semicomunismo, como se llamaba al socialismo de aquellos tiempos.

Para ver en estos movimientos algo más que el fruto fugaz de unas cuantas revueltas, para entrañar de él el nuevo hecho social, hacía falta una teoría que los explicase, una teoría que fuese algo más que un simple complemento de la tradición democrática o la receta personal y subjetiva contra los males que se reconocían como fruto del

régimen económico de la concurrencia, del que casi nadie levantaba la vista entonces. Esta nueva teoría fue obra personal de Marx y Engels, quienes transplantaron la idea del desarrollo histórico por medio de un proceso hecho de antítesis, de la forma abstracta que la dialéctica hegeliana le había impreso ya en sus rasgos más generales, a la explicación concreta de la lucha de clases; y en esta dinámica histórica, en la que se había querido ver el tránsito de una forma conceptual a otra, vieron ellos por vez primera el paso de una a otra forma de anatomía social, o lo que es lo mismo, de uno a otro régimen económico de producción.

Esta concepción de la historia infundía forma teórica a la necesidad de la nueva revolución social que se manifestaba con más o menos fuerza en la conciencia instintiva del proletariado y en sus movimientos espontáneos y pasionales, y, al reconocer la necesidad intrínseca de la revolución, transformaba simultáneamente su plan. Allí donde las sectas de conspiradores habían visto un tema de libre elección personal, una construcción especulativa, aparecía ahora un simple proceso que sólo había que fomentar, empujar y llevar a remate. La revolución convertíase en el objeto de una política cuyas condiciones dictaba la situación compleja de la sociedad: convertíase en una meta que la clase obrera tenía necesariamente que alcanzar por medios variables de lucha y organización, que la vieja táctica de la revuelta jamás se había llegado a representar. Y acontecía así, porque el proletariado no era precisamente un objeto accesorio, ni un instrumento auxiliar, ni un tumor, ni un mal que hubiera que alejar de la sociedad moderna, sino su base, su condición sustancial y efecto inevitable, a la par que causa sostenedora y columna de esta propia sociedad, que, por tanto, sólo podía

emanciparse emancipando a la sociedad entera, es decir, derribando íntegramente el actual régimen de producción.

Y así como la "Liga de los Justicieros", para convertirse en Liga Comunista, hubo de emanciparse de la revolución concebida al modo de Barbès y Blanqui (1839), de la forma simbólica de la conspiración, y abrazar gradualmente los medios de la acción y la propaganda política, la nueva doctrina aceptada y hecha suya por la Liga, rompía definitivamente con los planes conspirativos, y señalaba, como resultado objetivo de un proceso, lo que los conspiradores creían fruto de un plan maduramente formado o resultado de su arrojo y heroísmo.

De aquí arranca, en el orden de las cosas, una nueva línea ascensional y una nueva concatenación de pensamientos y de planes.

El comunismo conspirativo, el blanquismo de otros tiempos, nos lleva a través de Buonarrotti y de Bazard y los carbonarios, hasta la conspiración de Babeuf, figura verdaderamente heroica que tiene toda la grandeza de las tragedias antiguas y que se estrella contra el destino, porque entre su meta y la situación económica de su tiempo no existe todavía enlace, porque no existe todavía un proletariado con la clara conciencia de su clase a quien poder lanzar sobre la palestra política. Remontándonos sobre Babeuf y algunas otras figuras menos conocidas del período jacobino, vienen el intuitivo Morelly, el original y vacilante Mably y, si se quiere, el "Testamento" caótico del cura Meslier, la rebelión instintiva y violenta del sano sentido común contra la salvaje opresión del infeliz labriego.

Estos precursores del socialismo conspirativo, con sus violentas protestas, fueron todos apóstoles de la igualdad, como lo son siempre la mayoría de los conspiradores. Arrancando de un error peregrino, pero inevitable, esgrimían como arma de lucha aquella misma doctrina de la igualdad —interpretada y generalizada al revés— que, bajo la forma avanzada de "derecho natural" se había convertido, a la par que la teoría económica, en un instrumento en manos de la burguesía. De este modo, la burguesía fue conquistando gradualmente su actual posición, y de la sociedad del privilegio surgió la sociedad del liberalismo, del librecambio y del derecho civil.¹ Partiendo del razonamiento, que no era en el fondo más que una vana quimera, de que todos los hombres, iguales por naturaleza, debían serlo también en cuanto a medios, creíase que bastaba apelar a la razón para llevar la persuasión a todas las inteligencias y que, conquistando rápidamente y por la fuerza los instrumentos externos del Poder político, se tendría en la mano el único recurso posible para reducir a razón a los reacios.

Pero ¿de dónde provienen y cómo se sostienen en pie todas esas desigualdades que tan absurdas parecen vistas a través del criterio de una justicia tan sencilla como simple? El Manifiesto rechazaba terminantemente el principio de la igualdad, enfo-

¹ Durante estos últimos años, muchos juristas han creído que la transformación del derecho civil podía ser un medio práctico de mejorar la situación del proletariado. Pensando así, lo mismo podían pedir al Papa que se pusiera a la cabeza de los librepensadores. El más divertido de todos esos juristas es un autor italiano que se ocupa de la lucha de clases y pide que, al lado del código que garantiza los derechos del capital, haya otro código en que se reconozcan los derechos del trabajo.

cado con esta concepción tan candorosa y burda. A la par que proclamaba como inevitable la destrucción de las clases en la forma futura del régimen colectivo de producción, ponía de relieve ante nosotros la razón de ser, los orígenes y el desarrollo de estas clases, que no representan excepción ni menoscabo de ningún principio abstracto, sino que son la evolución histórica misma.

Del mismo modo que el proletariado moderno presupone la existencia de la burguesía, ésta no podría concebirse sin el actual proletariado. Uno y otra son el producto de un proceso histórico, basado todo él en el nuevo sistema de producir las cosas necesarias para la vida, o, lo que tanto vale, en el régimen económico de producción. La sociedad burguesa surgió de la sociedad feudal y gremial; surgió de esta sociedad por medio de luchas y revoluciones para apoderarse de los medios e instrumentos de producción, por medio de movimientos encaminados todos a formar, desarrollar y multiplicar el capital. Describir los orígenes y progresos de la burguesía en sus diversas fases, exponer sus triunfos en el magno progreso de la técnica y en la conquista del mercado mundial, enumerar las transformaciones políticas que han seguido a estas conquistas y que son, a la vez, su expresión, medio de defensa y fruto, equivale a escribir la historia del proletariado. En su situación actual, el proletariado forma parte de la época de la sociedad burguesa, y ha atravesado, atraviesa y atravesará por las mismas fases que esta sociedad hasta su agotamiento. La distinción entre ricos y pobres, gentes que disfrutaban y gentes que sufren, opresores y oprimidos, no es una imperfección accidental a que pueda ponerse fácil remedio, como lo creían los entusiastas de la justicia. Lejos de eso, constituye una característica necesaria, inevitable en

cuanto surge el principio directivo del actual régimen de producción, que hace del salario una necesidad. Esta necesidad es doble. El capital sólo puede adueñarse de la producción proletarizando, y sólo puede sostenerse, rendir frutos, acumularse, multiplicarse y transformarse, asalariando a aquellos a quienes proletarizó. Por su parte, los proletarios, para poder vivir y procrear, necesitan venderse como mano de obra, cuya aplicación se deja al arbitrio, a la omnímoda y graciosa voluntad del poseedor del capital. La armonía entre el capital y el trabajo se basa toda ella en que el trabajo sea la fuerza viva con que los proletarios movilizan sin descanso y reproducen progresivamente el trabajo acumulado en el capital. Y este vínculo es el fruto de una evolución que lleva en su seno toda la sustancia de la historia moderna; él nos da la clave para comprender la verdadera raíz de la nueva lucha de clases cifrada en la idea comunista, y está atado de tal modo, que no hay protesta sentimental ni argumento de justicia capaz de romperlo y desanudarlo.

Por estas razones, que dejo expuestas con la máxima sencillez, fue derrotado el comunismo igualitario. Su impotencia práctica coincidía con su incapacidad teórica para comprender las razones de las injusticias y desigualdades que él, intrépido o irreflexivo, quería evitar o destruir de un manotazo.

A partir de este momento, la principal preocupación de los teóricos comunistas fue comprender la historia. ¿Por qué había de seguirse alzando frente a la dura realidad de la historia un engañoso ideal? No puede decirse que el comunismo haya sido en todos los tiempos y lugares el régimen natural y

necesario de la vida humana, y todo el curso de la historia una simple serie de extravíos y descarriamientos. El renunciamiento espartano o la resignación cristiana no llevaron al comunismo ni nos harán retornar a él. Este puede, más aún, debe brotar y brotará de la disolución de nuestra sociedad capitalista. Pero esta disolución no se la podemos inyectar a la sociedad artificialmente, ni imponérsela desde fuera. Se disolverá, como diría Maquiavelo, por su propio peso. Desaparecerá como régimen de producción que encierra en su seno, por naturaleza, la sublevación constante y progresiva de las fuerzas productivas contra los factores —jurídicos y políticos— de la producción, y tan sólo vive para acentuar las condiciones intrínsecas de su muerte inevitable por medio de la concurrencia, de donde se engendran las crisis, y por la dilatación vertiginosa de su esfera de acción. La muerte de una forma social se convierte, como la muerte natural en otra rama de la ciencia, en la ley de vida.

El Manifiesto no traza ningún cuadro de la sociedad futura, ni era esa tampoco su intención. Demuestra cómo la sociedad actual se descompondrá por la dinámica progresiva de sus fuerzas. Para esto, era necesario ante todo, analizar el desarrollo de la burguesía, y el Manifiesto lo hace a grandes rasgos, dándonos en estas páginas un modelo de filosofía de la historia, que podrá ser retocado, desenvuelto, completado, pero jamás mejorado.¹

Saint-Simon y Fourier aparecen justificados en el Manifiesto, aunque éste no recoja ni sus ideas, ni la línea general de sus investigaciones. Ideólo-

¹ El desarrollo de este esbozo se contiene en *El Capital* de Marx, obra que debe ser considerada como una especie de filosofía de la historia.

gos ambos, traspasaron con sus geniales miradas el período liberal, dentro de cuyo círculo visual era la Gran Revolución el perenne punto de vista. En sus investigaciones históricas, Saint-Simon substituyó el derecho por la economía y la política por la física social, y a pesar de sus muchas vacilaciones idealistas y positivas, casi llegó a descubrir la historia de los orígenes del "tercer estado". Fourier, no versado en detalles todavía desconocidos o descuidados por él, esbozó, con la exuberancia de su espíritu indisciplinado, una larga cadena de períodos históricos diferenciados vagamente entre sí por ciertas características inherentes al principio que presidía el régimen de producción y distribución. Luego, afrontó la empresa de crear una sociedad curada de los actuales antagonismos. Entre todos estos antagonismos, descubrió, por una llamarada de espíritu, y estudió preferentemente "el ciclo vicioso de la producción"; sin saberlo, se encontraba aquí con Sismondi, que por la misma época, pero con otros designios y por caminos diferentes, estudiando las crisis y denunciando los males de la gran industria y de la desenfrenada concurrencia, proclamaba el fracaso de la ciencia económica, que acababa apenas de nacer. Desde las risueñas cumbres de su mundo armónico del porvenir, Fourier tendió la mirada desdeñosa y optimista sobre la miseria de los civilizados y escribió fríamente la sátira de la historia. Como ideólogos que eran, Saint-Simon y Fourier no conocían el rudo combate que el proletariado tiene por fuerza que librar antes de poder barrer la explotación y los antagonismos de clase, y la necesidad personal de poner un término a aquello convirtió al uno en arbitrista y en utopista al otro.¹ Pero intuitiva-

¹ En efecto, yo casi coincido con A. Menger en creer que

mente, estos hombres se alzaron ya hasta algunas de las ideas que presiden una sociedad sin antagonismos de clase. Saint-Simon concibió claramente la administración técnica de una sociedad de la que desaparecerá el imperio del hombre sobre el hombre, y Fourier sospechó, adivinó y profetizó, junto a los excesos de su imaginación febril no pocas perspectivas de interés en la psicología y pedagogía de esa futura sociedad en la que, para decirlo con el Manifiesto, el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos.

Cuando se publicó el Manifiesto, el saint-simonismo había desaparecido ya. En cambio, florecía en Francia el fourierismo, aunque no como partido, sino como escuela, que era lo que cumplía a su carácter. Cuando en el año 1848, esta escuela intentó realizar su utopía por la vía legal, los proletarios de París habían sido batidos ya en las jornadas de junio por la burguesía, que salió ganando con aquel triunfo un amo y señor: un archiaventurero cuyo mando había de durar más de veinte años.

La nueva doctrina del comunismo crítico no se alzaba en nombre de una escuela, sino como la promesa, la amenaza y la voluntad de un partido. Sus autores y seguidores no se perdían en la organización utópica del futuro, sino que su espíritu estaba penetrado por la experiencia y la necesidad del presente. Se unieron a los proletarios, a quienes su instinto, no respaldado todavía por ninguna experiencia, empujaba, en París e Inglaterra, a derrocar el imperio de la burguesía con una cele-

Saint-Simon no era un utópico como Fourier y Owen, los utopistas clásicos y típicos.

ridad a la que ninguna táctica reflexiva ponía cauce. Los comunistas propagaron en Alemania las ideas revolucionarias; defendieron a las víctimas de junio y se crearon en la "Nueva Gaceta del Rin" un órgano político, cuyos artículos, a lo que podemos juzgar por los que de vez en cuando se reproducen, después de tantos años, tienen todavía hoy un valor clásico.¹ Al desaparecer la situación histórica que en el año 1848 había hecho pasar a primer plano al proletariado, las enseñanzas del Manifiesto no encontraron terreno ni horizontes para su difusión. Hubieron de transcurrir muchos años antes de que pudieran volver de nuevo a propagarse; los mismos años que hubieron de transcurrir hasta que el proletariado, por otros caminos y en otras formas, pudo pisar nuevamente la escena como potencia política, haciéndose de la doctrina del Manifiesto su órgano espiritual y encontrando en ella su conciencia propia.

Pero ya desde el día en que vio la luz, esta doctrina se adelantaba a criticar el socialismo vulgar que había de florecer en Europa y sobre todo en Francia, desde el golpe de Estado hasta la Internacional —la cual, dicho sea de paso, no tuvo tiempo, durante su efímera vida, a derrotarlo y eliminarlo—. Este socialismo vulgar se nutría, cuando no de materiales todavía menos coherentes y sistemáticos, de las doctrinas y sobre todo de las paradojas de Proudhon, que, derrotado ya teóri-

¹ Durante algunos meses, he tenido en mi poder un ejemplar completo de la "Nueva Gaceta del Rin". La impresión que produce esta lectura supera a toda esperanza. Sería de desear que este periódico, hoy rarísimo, se reeditase íntegramente, o por lo menos, las correspondencias y artículos más importantes que en él figuran. [Este deseo del autor ha sido realizado en sus segunda parte con la publicación, por Fr. Mehring, de los *Escritos varios* o *Literarischer Nachlass*, de Marx, Engels y Lassalle, tomo III.]

camente por Marx, sólo había de serlo prácticamente por la Comuna de París, en la que sus discípulos, curados por la provechosa lección de los hechos, se vieron forzados a poner en práctica lo contrario de lo que ellos y su maestro profesaran.

Desde su aparición, esta nueva doctrina comunista envolvía la crítica velada de todas las formas del socialismo de Estado, desde Luis Blanc hasta Lasalle. El socialismo de Estado, aunque mezclado con tendencias revolucionarias, concentrábase entonces en el fantasma del "derecho al trabajo". Cuando entraña una reclamación que se hace a un gobierno, aunque lo integren burgueses revolucionarios, este postulado es una fórmula pérfida. Pero si se trata de un remedio para acabar con el paro forzoso y para influir en las fluctuaciones de los salarios, o lo que tanto vale, en las condiciones de la concurrencia, entonces se trata de un absurdo económico. Podrá, cuando más, ser un recurso político, si permite apaciguar a una masa levantisca de proletarios no organizados. Esto es evidente para cualquiera que sepa claramente cómo tiene que discurrir una revolución triunfante del proletariado y cómo sólo puede terminar con la socialización de los medios de producción, adueñándose de ellos; es decir, cómo tiene que conducir necesariamente a una forma económica de propiedad en que no haya mercancías ni salarios en que el derecho al trabajo y el deber de trabajar se refundan bajo la ley de la necesidad común: trabajo para todos.

El espejismo del derecho al trabajo se esfumó en la tragedia de junio. El debate parlamentario que luego se abrió sobre este problema no fue más que una parodia. Lamartine, ese orador lacrimoso, ese grande hombre de segunda mano, lanzó la última o la penúltima de sus frases famosas: "Las

catástrofes son la experiencia de los pueblos", y esta frase bastó para la ironía de la historia.

Aunque el Manifiesto Comunista, en su concisión y con un estilo que jamás raya en la retórica adulatora de la fe y la confianza, encierra tantas y tantas cosas, reduce a sistema por primera vez tantos pensamientos y reúne tantos gérmenes susceptibles de tomar un gran desarrollo, no era ni se proponía ser el código del socialismo, el catecismo del comunismo crítico ni la cartilla de la revolución proletaria. Dejemos las "quintaesencias" para ese famoso señor Schäffle,¹ el del librito, a quien también dejamos gustosos el monopolio de la famosa frase: la cuestión social es una cuestión de estómago. El estómago del señor Schäffle ha desempeñado durante bastantes años en el mundo un bonito papel, del que han salido gananciosos los aficionados socialistas y los corchetes policíacos. El comunismo crítico arranca precisamente del Manifiesto, que se había propuesto impulsar su desarrollo, y que lo consiguió en toda la línea.

El conjunto de teorías que suelen agruparse bajo el nombre de marxismo no llega a su plena sazón hasta los años 1860 a 1870. Desde la obrita titulada *Capital y trabajo asalariado*, en que por primera vez se nos explica, con frase precisa, cómo de la compra y aplicación de la mercancía trabajo queda, después de cubrir los gastos de producción, un remanente que forma el nudo de la cuestión de la plusvalía; desde este estudio hasta las minuciosas, intrincadas y vastas investigaciones de *El Capital*, hay todavía un largo camino que recorrer. Este libro, *El Capital*, agota la historia de los orígenes

¹ Alemán, autor de un folleto muy conocido sobre la "Quintaesencia del socialismo".

del período burgués en toda su estructura económica interior, y supera espiritualmente este período, toda vez que explica su curso, sus leyes especiales y las contradicciones que provoca por necesidad orgánica, para ser devorado por ellas, orgánicamente también.

Hay un largo trecho desde el movimiento proletario batido en el año 1848 hasta el movimiento proletario actual, que, abriéndose paso por entre grandes dificultades, después de reaparecer en la esfera política, no ha hecho más que desarrollarse sin interrupción y con reflexiva y ponderada lentitud. Hasta hace pocos años, este avance del proletariado sólo se veía y admiraba en Alemania, donde la socialdemocracia creció normalmente como en su propio solar (desde el congreso obrero celebrado en Nuremberg el año 1868 hasta nuestros días). Pero durante estos últimos años, se observa el mismo fenómeno, bajo diferentes formas, en otros países.

¿Es que el marxismo, al cobrar estas vastas proporciones, y el movimiento proletario, al crecer de este modo, dentro de los cauces normales de la acción política, ha abandonado, como algunos afirman, el carácter bélico inherente a la forma primitiva del comunismo crítico? ¿Se ha operado realmente un tránsito de la revolución a la llamada evolución? ¿Se ha sometido el espíritu revolucionario del movimiento a los mandatos del reformismo?

Estos reproches y estas reflexiones se escuchan todos los días de labios de los socialistas más entusiastas y apasionados y de los enemigos del socialismo, naturalmente interesados en generalizar todos los fracasos, obstáculos e interrupciones, para apoyar así su tesis de que el comunismo es irrealizable.

Quien compare el movimiento proletario actual y sus derroteros intrincados y múltiples con la impresión que deja el Manifiesto después de su lectura, no seguida de ulterior estudio, podrá fácilmente imaginarse que en la segura intrepidez de estos comunistas de hace cincuenta años nos habla un espíritu juvenil y precoz. Resuena en su tono como un grito de guerra y como el eco de aquella elocuencia cautivadora de algunos de los oradores del cartismo; se nos anuncia un nuevo 93, que no dejará sitio a ningún nuevo Thermidor.

Pero el Thermidor se ha repetido, y no una vez, sino varias, bajo diversas formas más o menos abiertas o veladas, ya fuesen sus autores, desde el año 48 para acá, radicales franceses o expatriotas italianos, o burócratas alemanes, adoradores del Estado de Dios y excelentes servidores, en la práctica, del dinero del diablo, parlamentarios ingleses encanecidos en los ardidés del arte de gobernar, o hasta confidentes de la policía bajo máscara de anarquistas. Hay muchas gentes que creen que la estrella de Thermidor no desaparecerá ya nunca del cielo de la historia, o, para decirlo, más prosaicamente, que el liberalismo, es decir, una sociedad en que los hombres sólo son iguales ante la ley, representa el último confín del progreso humano, más allá del cual sólo hay retroceso y reacción. Es el punto de vista de cuantos cifran en la extensión progresiva de la forma de sociedad burguesa por todos los ámbitos del mundo la finalidad y la razón de ser de todo progreso. Lo mismo da que sean optimistas o pesimistas: para ellos, es aquí donde están las columnas de Hércules, el *non plus ultra* de la especie humana. Y muchas veces, en su forma pesimista, este sentimiento contagia inconscientemente a algunos de los que, unidos a otros elementos de clase,

van a engrosar las filas del anarquismo.

Pero hay otros que van más allá, y nos ponderan lo que hay de objetivamente inverosímil en las doctrinas del comunismo crítico. La afirmación que hace el Manifiesto de que la reducción de las luchas de clases a una sola, entraña la necesidad de la revolución proletaria es, según ellos, intrínsecamente falsa. Esta doctrina carece de base, según los tales, en cuanto pretende deducir un razonamiento teórico y una táctica práctica de la previsión de un hecho que, a su modo de ver, representa un punto puramente teórico que se puede anticipar o posponer hasta el infinito. El choque que se dice inevitable entre las fuerzas productivas y el régimen de producción, no llegará, a juicio suyo, a realizarse nunca, ya que se limita a innumerables razonamientos concretos, multiplicándose con los choques aislados de la concurrencia económica y tropezando con los obstáculos que le oponen los recursos informativos y las violencias del gobierno. Es decir, que, lejos de tambalearse y descomponerse, la sociedad actual saldrá constantemente al paso de los males que engendra. Todo movimiento proletario, siguen argumentando estos señores, si no se sofocase por la fuerza, como en junio de 1848 y en mayo de 1871, moriría por consunción, como el cartismo, que vino a parar en el tradeunionismo, el gran caballo de parada de todas estas argumentaciones, honra y orgullo de los economistas y sociólogos vulgares. Todo movimiento proletario moderno es, al decir de ellos, fugaz e inorgánico, un extravío y no un avance. Según estos críticos, nosotros seguimos siendo, bien a nuestro pesar, unos utopistas.

Es indudable que la previsión histórica que se

contiene en la doctrina del Manifiesto y que el comunismo crítico desarrolló posteriormente mediante una investigación amplia y minuciosa del mundo presente, presenta, por las circunstancias en que surgió, una faz guerrera y una forma harto vivaz. Lo que no contenía, ni contiene tampoco hoy, es una determinada cronología, una imagen prematura de una organización social, como las viejas revelaciones y predicciones.

No había retornado aquel heroico fra Dolcino lanzando de nuevo su grito de guerra. No se cantaba, como en nuevo Münster, la resurrección del reino de Jerusalén. Ya no había taboritas ni milenarios. Ya no vivía Fourier esperando en su casa año tras año, a una hora fija, al candidato de la humanidad. Ya no había nadie que soñase con encabezar una nueva vida y crear por medios artificiales el germen de una nueva organización, para engendrar a los hombres de nuevo, como lo querían Bellers, Owen, Cabet y los fourieristas de Texas, cuya fracasada empresa fue la tumba del utopismo. Ya no había sectas que se retrajesen del mundo, pudorosas y tímidas, para servir dentro de sus cenáculos a la idea perfecta de una vida en común, como las colonias socialistas de América.

Nada de eso. En la doctrina del comunismo crítico, la sociedad toda descubre, en un momento de desarrollo general, la causa de su marcha funesta, y en uno de los recodos salientes del camino cobra conciencia de sí propia y comprende y proclama las leyes de su dinámica. Los pronósticos del Manifiesto no tienen nada que ver con ninguna fecha; no eran ninguna predicción ni ninguna profecía, sino que simplemente se anticipaban a exponer la transformación orgánica de la sociedad.

Por debajo de las ruidosas pasiones que se descargan todos los días en el conflicto de los pareceres, por encima de las exteriorizaciones visibles de voluntad que forman la materia histórica, más allá del aparato jurídico y político de nuestra sociedad burguesa, muy lejos de la dirección que imprimen a la vida la religión y el arte, viven, se modifican y se transforman los cimientos elementales de la sociedad sobre lo que todo eso descansa. El estudio anatómico de esos cimientos subterráneos es la economía. Y si la sociedad humana, parcialmente o de raíz, ha cambiado ya varias veces de forma exterior visible, o han cambiado sus manifestaciones ideológicas, artísticas, religiosas, etc., la razón y la causa de estos cambios, los únicos de que nos hablan los historiadores, hay que buscarlas en las conmociones que experimentan aquellos cimientos, conforme evoluciona la economía; hay que ir a buscarlas a parajes recónditos y difícilmente asequibles a la mirada superficial. Para distinguir con perfecta claridad los verdaderos periodos históricos, no hay más remedio que estudiar las diferencias existentes entre los diversos sistemas de producción. Y si se trata de explicar la sucesión de estas formas, la sustitución de unas por otras, tendremos que estudiar necesariamente por qué las formas que desaparecen se disuelven y caducan. Finalmente, si queremos comprender el hecho histórico en su concreción y tangibilidad, necesariamente hemos de estudiar los rozamientos y contrastes producidos por las diversas corrientes —o lo que es lo mismo, las clases, sus sectores y entrecruzamientos— que caracterizan a una determinada sociedad.

Cuando el Manifiesto dice que toda la historia hasta el día presente no es más que la historia de las luchas de clases y que es en éstas donde reside

la causa de todas las revoluciones y de todas las reacciones, resuelve dos problemas a la vez: dota al comunismo con el arma de una nueva teoría y a los comunistas con el hilo conductor que les permite sacar a luz, en los embrollados acontecimientos de la vida política, las condiciones del movimiento económico que discurre por debajo de ellos.

En estos últimos cincuenta años, la previsión general de la nueva doctrina histórica se ha convertido para los socialistas en un arte difícil, en el arte de comprender en cada caso lo que debe hacerse dentro de una nueva era que no encuentra asiento en su natural e incesante dinamismo. El comunismo se ha trocado en un arte porque los proletarios se han convertido, o está a punto de convertirse, en un partido político. El espíritu revolucionario toma cuerpo, hoy, en la organización proletaria. La anhelada unión de proletarios y comunistas es ya un hecho consumado. Y los últimos cincuenta años son la prueba cada vez más palmaria de la sublevación creciente de las fuerzas productivas contra el régimen de producción.

Nosotros, los «utopistas», no tenemos más respuesta que esta lección de hechos para los que hablan todavía de revueltas y trastornos fugaces, confiando en que, poco a poco, irán desapareciendo y se esfumarán en medio de la paz de nuestro periodo definitivo de civilización. Y esta lección es bastante elocuente.

Once años después de haber publicado el Manifiesto, Marx resumía en una forma precisa y clara las ideas centrales de la concepción materialista de la historia, en el prólogo de un libro precursor de su *Capital*.

“El primer trabajo que emprendí para resolver

las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía jurídica hegeliana, trabajo cuya introducción se publicó en los «Anales francoalemanes», que vieron la luz en 1844. Mi investigación me llevó al resultado de que las relaciones jurídicas y las formas políticas no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que tienen su raíz en las condiciones materiales de vida que Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, agrupa y resume bajo el nombre de «sociedad civil», y que la anatomía de esta sociedad civil había que buscarla en la economía política. El estudio de ésta, comenzado en París, fue proseguido por mí en Bruselas, adonde hube de trasladarme obedeciendo a una orden de destierro de M. Guizot. La conclusión general a que llegué y que, una vez obtenida, sirvió de hilo conductor a todas mis investigaciones, puede resumirse brevemente de este modo: en la producción social de su vida, los hombres se someten a determinadas relaciones de producción, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que responden a una determinada fase de progreso de sus fuerzas materiales productivas. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta el edificio jurídico y político, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El régimen de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que informa su existencia, sino, por el contrario, su existencia social la que informa su conciencia. Al llegar a una determinada fase de progreso, las fuerzas materiales productivas de la sociedad chocan con las relaciones de producción

reinantes, o para emplear la expresión jurídica equivalente, chocan con el régimen de propiedad a que hasta entonces se habían ajustado. Estas relaciones dejan de ser formas de progreso de las fuerzas productivas y se convierten en trabas que obstruyen su desarrollo. Se abre una época de revolución social. Al transformarse los cimientos económicos, se desplaza, más o menos lentamente, todo el inmenso edificio que sobre ellos reposa. Para analizar estos desplazamientos, hay que distinguir siempre entre las conmociones materiales de que son objeto las condiciones económicas de producción, y que pueden pulsarse con toda exactitud por los métodos de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, ideológicas en una palabra, en que los hombres cobran conciencia de este conflicto y toman partido en él. Y del mismo modo que no se puede juzgar de lo que una persona es por lo que ella misma piense de sí, no se puede tampoco estudiar esas épocas de transformación por el modo como se reflejan en su conciencia, sino que es esa conciencia la que debe juzgarse a través de las contradicciones de la vida material, del conflicto entablado entre las fuerzas sociales productivas y el régimen de producción. Un tipo de sociedad no perece nunca antes de que bajo su imperio se desarrolen todas las fuerzas productivas a que deja margen, y jamás sale a plaza un nuevo régimen más alto de producción hasta que las condiciones materiales de existencia del mismo no han germinado en la entraña de la antigua sociedad. Por eso la humanidad no se plantea nunca problemas que no puede resolver, pues, bien miradas las cosas, lo que ocurre es que el problema no surge nunca hasta que se dan, o por lo menos empiezan a formarse, las condiciones materiales para su solución.

A grandes rasgos, podríamos distinguir como otras tantas épocas progresivas en la formación económica de la sociedad el régimen de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica que reviste el proceso de producción social; antagónica, no en un sentido individual, sino en el sentido de un antagonismo que brota de las condiciones sociales de vida de los individuos; pero las fuerzas productivas que se forman en el seno de la sociedad burguesa se encargan por sí mismas de crear, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con este tipo de sociedad se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.”

Cuando Marx escribía esto, llevaba varios años retraído de la palestra política, a la que volvió algún tiempo después, con la Internacional. En Italia, Austria, Hungría, Alemania, la reacción había triunfado sobre la revolución patriótica, liberal o democrática. Por su parte, la burguesía había vencido a los proletarios en Francia e Inglaterra. Las condiciones indispensables para un movimiento democrático y proletario se venían todas a tierra. Los comunistas del Manifiesto, batallón harto exiguo que había tomado parte en la revolución y en todos los actos populares de sublevación y resistencia contra la ola reaccionaria, vieron su actividad interrumpida por el memorable proceso de Colonia. Los supervivientes del movimiento intentaron reanudar su campaña en Londres, pero Marx y Engels, con otros, no tardaron en separarse de aquellos revolucionarios a todo trance, retrayéndose del movimiento. La crisis había pasado y sobrevino un largo periodo de quietud. Prueba de esto es la

lenta desaparición del cartismo, o sea, del movimiento proletario del país que representaba la espina dorsal del sistema capitalista. Por el momento, la historia había dado un mentís a las ilusiones de los revolucionarios.

Marx, antes de consagrarse casi exclusivamente a madurar en largo esfuerzo los elementos que ya descubriera para la crítica de la economía, ilustró en varios trabajos la historia del periodo revolucionario desde 1838 a 1850, y principalmente las luchas de clases en Francia, patentizando que, por el hecho de que la revolución en su forma actual no hubiese llegado a la meta, no quedaba desmentida la teoría revolucionaria de la historia. En estos trabajos, se desarrollaban íntegramente los puntos de vista esbozados en el Manifiesto.

Algún tiempo después, vio la luz el estudio sobre *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, primer ensayo de aplicación del nuevo criterio histórico a una serie de hechos cronológicamente localizados. No es cosa fácil retrotraerse del movimiento aparente al real, para descubrir su nexo interno. Hay, en efecto, muchas y grandes dificultades que vencer hasta sobreponerse a los hechos pasionales, oratorios, parlamentarios, agitadores y de otra índole, penetrando en el engranaje social interno y descubriendo en él los diversos intereses de la grande y la pequeña burguesía, de los campesinos, artesanos, obreros, soldados y sacerdotes, de los banqueros, de los usureros y de la canalla; todos estos intereses obran, consciente o inconscientemente, rebelándose, recatándose, eliminándose, asociándose y disolviéndose en la discordante vida de los hombres civilizados.

La crisis había sido vencida, y precisamente en los países de que había arrancado como de su solar histórico el comunismo crítico. Todo lo que ahora podían hacer los comunistas críticos era po-

ner al desnudo las causas económicas latentes de la reacción. La comprensión de ésta era, por el momento, la prosecución de la obra revolucionaria. Lo mismo había de acaecer, bajo diferentes formas y condiciones, veinte años más tarde, cuando Marx, en nombre de la Internacional, trazó en su obra sobre la guerra civil en Francia una defensa de la Comuna que era, a la par que defensa, la crítica objetiva de este movimiento.

La heroica renunciación con que Marx abandonó la vida política después del año 1850, volvió a patentizarse en 1872, cuando se retiró de la Internacional después del congreso de La Haya. Estos dos hechos tienen para el biógrafo de Marx un gran valor, ya que le permiten penetrar en el carácter personal de este hombre; para Marx, idea política y temperamento formaban, en realidad, un todo. Pero estos hechos tienen todavía mayor importancia para nosotros. El comunismo crítico no fabrica revoluciones, ni prepara insurrecciones, ni arma revueltas. Se funde con el movimiento proletario, pero pulsa y sostiene este movimiento con plena conciencia del nexo que le une y puede y debe unir a la totalidad de las condiciones de la vida social. No es, en una palabra, ninguna academia preparatoria donde se adiestre al estado mayor de la revolución proletaria; es, única y exclusivamente, la conciencia de esta revolución, y sobre todo, la conciencia de sus dificultades.

Durante los últimos treinta años, el movimiento proletario ha cobrado proporciones inmensas. Abriéndose paso por entre innumerables dificultades, avances y retrocesos, fue asumiendo poco a poco una forma política, trabajando y aplicando por etapas sus métodos. Y todo esto lo ha conse-

guido la mágica acción de la doctrina, difundida por la fuerza persuasiva de la propaganda hablada o escrita. En los comienzos del movimiento, los comunistas tenían la impresión de ser la extrema ala izquierda de todo movimiento proletario, pero al paso que éste se desarrollaba y especializaba, iba imponiéndoseles la necesidad y el deber de aprovecharse de las contingencias mudables del proceso económico y de la nueva situación política a que esas circunstancias daban origen, elaborando un programa propio y compartiendo la actividad política de los partidos.

En los cincuenta años que van transcurridos desde la publicación del Manifiesto, la especialización y la complejidad del movimiento proletario han crecido en proporciones tales, que ya no hay espíritu capaz de abarcarlas en su conjunto y comprenderlas en sus detalles, de penetrar en sus verdaderas causas y poner al descubierto la sustancia de sus relaciones. La Internacional unitaria, que existió desde 1864 hasta 1873, hubo de desaparecer después de cumplida su misión, que era la de allanar el camino a la nivelación de las tendencias generales e ideas comunes de que el proletariado no puede prescindir; y nadie podrá tener, ni tiene, la pretensión de restaurar nada que se le parezca.

Dos causas principales han contribuido considerablemente a traer al movimiento proletario esta especialización y esta complejidad. En muchos países, la burguesía ha sentido la necesidad de remediar, en interés de su propia defensa, algunos de los abusos que se derivaban del sistema industrial, y es así como nace la legislación de protección obrera o la legislación social, como pomposamente se la llama. En su propio interés o bajo la presión de las circunstancias, la misma burguesía se ha visto llevada en muchos países a la necesidad de

extener las condiciones generales de libertad política y principalmente el derecho de sufragio. Estas dos circunstancias han hecho que el proletariado se sintiese atraído a la órbita de la política diaria y han potenciado considerablemente su libertad de movimientos; la movilidad y el dinamismo así adquiridos le consienten luchar con la burguesía en los parlamentos. Y como el desarrollo de las cosas determina el desarrollo de las ideas, a este movimiento prácticamente complejo del proletariado corresponde una evolución igual en las doctrinas del comunismo crítico, así en lo que se refiere al modo de entender la historia y la vida diaria, como en lo que atañe a la descripción detallada y meticulosa que hace de los elementos más recónditos de la economía: dicho en pocas palabras, el comunismo crítico se ha convertido en un sistema.

¿Más no hay en esto, se preguntan algunos, una desviación de la doctrina, tan sencilla y taxativa, del Manifiesto? ¿No se habrá perdido en fuerza e intensidad, dicen otros, lo que se ha ganado en cantidad y extensión?

Estas preguntas y los temores que albergan nacen, a mi juicio, de una falsa concepción del movimiento proletario actual y de una aberración óptica en lo que toca al grado de energía y pujanza revolucionaria de las manifestaciones de otro tiempo.

Cualesquiera que sean las concesiones que la burguesía pueda hacer en el orden económico, y aun suponiendo que llegasen incluso a una reducción considerable de la jornada de trabajo, siempre quedará en pie la necesidad de la explotación, sobre que se basa todo el orden social presente, y esta necesidad traza fronteras que el capital, como ins-

trumento privado de la producción, no puede rebasar. Y si hoy una concesión sirve o puede servir para acallar en el proletariado ciertas quejas, en el fondo lo único que hace es despertar la necesidad de nuevas y cada vez mayores concesiones. En Inglaterra, la necesidad de una legislación obrera surgió con anterioridad al movimiento cartista y se desarrolló luego con él, para alcanzar sus primeros triunfos en el período que sigue inmediatamente a la crisis del cartismo. Los principios y la razón de ser de este movimiento legislativo de reformas fueron críticamente analizados en sus causas y en sus fines por Marx en *El Capital* y, a través de la Internacional, se incorporaron a los programas de los diversos partidos socialistas. Finalmente, al concentrarse en el postulado de la jornada de ocho horas, este movimiento se convierte, con el primero de mayo, en una magna revista internacional del proletariado y en un procedimiento para pulsar sus avances. De otra parte, la lucha política en que toma parte el proletariado democratiza sus costumbres; más aún, hace que surja una verdadera democracia, que con el tiempo tendrá que romper necesariamente la envoltura de la forma política actual. Como órgano de una sociedad basada en lo explotación, esta forma está integrada por una jerarquía burocrática, una burocracia judicial y una asociación de socorros mutuos establecida entre los capitales para la defensa de sus derechos señoriales, la eterna renta de la Deuda pública, la renta de la tierra; en una palabra, la ganancia del capital bajo todas sus formas. Véase cómo estos dos hechos que, en opinión de los descontentos y supercríticos, nos alejan hasta el infinito de las previsiones comunistas, lo que hacen es, por el contrario, crear nuevos medios y caminos para reforzar estas previsiones. Lo que parece des-

viarnos de la revolución es lo que, en el fondo, la acelera.

Además, no conviene exagerar la importancia de la expectativa revolucionaria que hace unos cincuenta años abrazaban los comunistas. Si aquellos hombres tenían una fe, dentro de la situación política de la Europa de aquella época, era la de ser, como lo fueron, los precursores; confiaban en que la constitución política de Italia, Austria, Hungría, Alemania y Polonia se acercaría, como en efecto ha ocurrido, a las formas modernas, parcialmente y por otros derroteros. Si abrigaban una esperanza era la de que el movimiento proletario de Francia e Inglaterra continuase desarrollándose. La reacción barrió muchas cosas y contuvo más de un proceso ya incoado. Barrió también la vieja táctica revolucionaria, a la que en estos últimos años ha sucedido una táctica nueva. A esto se reduce el cambio.

El Manifiesto no pretendía ser más que el primer hilo conductor de una ciencia y de una práctica que la experiencia y los años se encargarían de desarrollar. Sólo da el esquema y el ritmo para la marcha general de la revolución proletaria. Evidentemente, los comunistas obraban influidos por las experiencias de los dos movimientos que se desarrollaban ante su vista: el movimiento francés y más todavía el del cartismo, que pronto había de paralizarse con la manifestación del 10 de abril de 1848. Pero este esquema no sentaba una táctica perenne de lucha, como ya tantas veces se había hecho. En efecto, era frecuente que los revolucionarios definiesen en forma catequística lo que sólo la marcha de las cosas podía aconsejar.

Este esquema ha cobrado mayor amplitud y com-

plejidad con el desarrollo y la extensión del sistema burgués. El ritmo del movimiento se ha hecho más lento y complicado, porque la masa obrera se ha convertido en partido político aparte, circunstancia que modifica el carácter y la medida de la acción y, por consiguiente, del movimiento.

Y así como con las armas perfectas y los medios defensivos de hoy día no tiene ya razón de ser la táctica de las sublevaciones; así como la complejidad del Estado moderno impide imponer a todo un pueblo desde el edificio de un ayuntamiento tomado por sorpresa las ideas y la voluntad de una minoría, por muy valiente y avanzada que ella sea, la masa de los proletarios no sigue ya hoy fácilmente las consignas de unos cuantos jefes ni atempera sus movimientos a las órdenes de capitanes capaces de levantar un gobierno nuevo sobre los escombros del viejo. Allí donde la masa obrera está políticamente capacitada, se ha educado y se educa democráticamente, elige sus representantes y critica sus actos, adopta como propias, después de maduro análisis, las ideas y proposiciones que le formulan éstos, sabe ya, o comienza, según los países, a saber, que la conquista del Poder político no pueden ni deben hacerla otros en su nombre, y sobre todo que esa conquista no puede ser nunca un golpe de mano. En una palabra, sabe o comienza a saber que la dictadura del proletariado, que ha de tener por cometido socializar los medios de producción, no puede ser empresa de una masa acaudillada por unos cuantos hombres, sino que tendrá que ser y será obra de los proletarios mismos, convertidos ya de suyo y por una larga experiencia en organización política.

En los últimos cincuenta años, el desarrollo y la extensión del sistema burgués han cobrado proporciones vertiginosas e inmensas. Ya corren has-

ta la vieja y sacrosanta Rusia, y crean, no sólo en América, Australia y la India, sino incluso en el Japón, nuevos centros de producción moderna, con lo cual no hacen más que embrollar, por si aún lo estuvieran poco, las condiciones de la concurrencia y las complejidades del mercado mundial. Efecto de esto son los cambios políticos sobrevenidos y los que no tardarán en sobrevenir. No menos veloces y grandiosos son los progresos del proletariado. Su educación política da todos los días un nuevo paso hacia la conquista del Poder. La rebelión de las fuerzas productivas contra el régimen de producción, la lucha del trabajo vivo contra el trabajo acumulado, es cada día más patente. El sistema burgués ya sólo sabe mantenerse a la defensiva y pone al desnudo su decadencia con esta peregrina contradicción, convirtiendo el mundo pacífico de la industria en una inmensa plaza de armas del militarismo. Por la ironía de las cosas, el período pacífico de la industria se convierte en un período de creación e invención ininterrumpida de nuevas máquinas de guerra.

El socialismo se ha impuesto. Esos semisocialistas y hasta esos charlatanes que obstruyen con sus personas la prensa y los mítines de nuestro partido, dejándonos no pocas veces perplejos, son un homenaje que la vanidad y la codicia de todo género rinden, a su modo, al nuevo poder que se alza en el horizonte. El contraveneno que el socialismo científico se cuida de administrar a tiempo —y que mucha gente no acaba de resignarse a ingerir—, no impide que broten por todas partes los farmacólogos de la cuestión social, armados todos con su panacea contra estos o los otros males: nacionalización del suelo, monopolio del trigo por el Estado, impuestos democráticos, nacionalización del crédito hipotecario, huelga general, etc. Pero la

democracia social da de lado a todas estas fantasías, porque la conciencia de su situación lleva a los proletarios, tan pronto como se familiarizan con la lucha política, a la inteligencia íntegra del socialismo. Para ellos, es claro como la luz del día que sólo puede existir un problema: la supresión del salario; que sólo hay una forma de sociedad que permite, más aún, que exige la extirpación de las clases, a saber: una asociación no productora de mercancías, y que esta forma social no es ya el Estado, sino todo lo contrario, la administración técnica y pedagógica de la sociedad humana, la gestora autónoma del trabajo. Acabemos de una vez con los jacobinos, los héroes del 93 y su caricatura del 48.

¡Democracia social! ¿Pero, no es esto —dicen algunos— una manifiesta desvirtuación de la doctrina comunista, tal como se contiene en el Manifiesto, expresada en palabras tan decisivas y tajantes?

No es este momento de recordar que el nombre de socialdemocracia tuvo en Francia, durante los años de 1837 a 1848, significados muy diversos, pero todos ellos de tendencia confusionista. Tampoco es necesario pararse a explicar que los alemanes han podido recoger en este nombre toda la rica y vasta historia de su socialismo, desde el episodio de Lassalle, hoy superado y ya sin eco, hasta los tiempos presentes. Es evidente que el término democracia social puede designar y designa y ha designado muchas cosas que no han sido, son ni serán el comunismo crítico ni el camino consciente hacia la revolución proletaria. Asimismo es evidente que el socialismo contemporáneo, aun en los países en que es más avanzado, arrastra consigo no pocas

escorias, de las que se irá desprendiendo poco a poco, a la larga. Y es evidente también, por último, que este vago nombre de democracia social sirve de escudo y plataforma a muchas gentes poco gratas. Pero aquí lo que interesa es concentrar la atención en ciertos puntos de importancia decisiva.

Conviene hacer hincapié en el sustantivo democracia, para evitar toda confusión. Democrática era la organización de la Liga Comunista, democrático el modo como acogió y discutió la nueva doctrina, democrático su modo de mezclarse en la revolución de 1848 y el modo como tomó parte en los actos de rebeldía y resistencia contra la asoladora reacción, y democrática, finalmente, hasta la forma en que se disolvió. En este primer tipo de partido proletario, ascendiente de los actuales, en esta primera célula, por decirlo así, de nuestra organización vasta, elástica y compleja de hoy día, no sólo imperaba la conciencia de la misión que cumple llenar a los precursores, sino que reinaban ya el modo y la forma de asociación únicos de que podían servirse los primeros campeones de la revolución proletaria. Su organización no era ya ninguna secta; esta forma había sido superada por los mismos hechos; el predominio inmediato y fantástico del individuo no existía ya. Lo que imperaba era una disciplina que tenía su fuente en la experiencia de la necesidad y en una enseñanza que no era más que la proyección de esta necesidad en la conciencia. Exactamente lo mismo acontecía en la Internacional, que sólo podía parecer autoritaria a quienes no podían hacer valer en ella la propia autoridad. Y lo mismo exactamente tiene que acontecer y acontece en los partidos obreros; allí donde este carácter no aparece todavía estampado, la agitación proletaria, elemental y confusa, no hace más que engendrar ilusiones y dar pasto

para intrigas. En los casos en que no es así, crea agrupaciones en que el sectario se da la mano con el necio y el confidente; algunas veces es la sociedad de la Fraternidad internacional, aferrada como un parásito a la Internacional para su descrédito; otras veces, es la cooperativa que degenera y se vende a un poderoso, o el partido obrero que se mantiene al margen de la política y estudia las oscilaciones del mercado para deslizarse con su táctica de lucha entre los vaivenes de la concurrencia, o finalmente, un grupo de descontentos, *déclassés* o pequeños burgueses casi siempre, que se entregan a especulaciones acerca del socialismo como a frase antojadiza de la moda política. La democracia social ha tropezado con todos estos obstáculos en su camino y ha tenido que librarse de ellos, y aun es hoy el día en que de vez en cuando se le vuelven a presentar. El arte de la persuasión no siempre basta. Lo más frecuente es que haya que resignarse y esperar a que la dura escuela del desengaño suministre la enseñanza con más fortuna que la razón.

Todas estas dificultades internas del movimiento proletario que la burguesía, falta de conciencia y perdiendo los estribos, nutre y explota las más de las veces, llenan en una parte considerable la historia del socialismo durante estos últimos años.

El socialismo no sólo ha encontrado obstáculos para su desarrollo en las condiciones generales de la concurrencia económica y en las resistencias opuestas por el Poder político, sino también en las condiciones de la propia masa proletaria y en el mecanismo, muchas veces oscuro, aunque inevitable, de sus movimientos lentos, mudables, confusos y con frecuencia contradictorios y pugnantes entre sí. Esto impide a mucha gente reconocer cómo todas las luchas de clases se reducen cada vez más

a la lucha entre los capitalistas y los obreros proletarios.

El Manifiesto, que no traza, desviándose del precedente de los utopistas, la ética ni la psicología de la sociedad futura, no describe tampoco, ni pretende describir, el mecanismo de esta forma social ni del proceso en que nos encontramos. Ya es bastante que unos cuantos precursores nos hayan desbrozado el camino que tenemos que seguir para comprender ese proceso y orientarnos en él. Además, el hombre es el animal experimental por excelencia; por eso tiene, o mejor dicho, hace, su propia historia.

Por esta senda del socialismo contemporáneo, abierta a través de la experiencia, hemos salido al encuentro de las masas campesinas.

El socialismo, práctica y teóricamente entregado por encima de todo al conocimiento y análisis de los antagonismos existentes entre capitalistas y proletarios en el seno de la llamada producción industrial, ha proyectado sus actividades sobre la masa en la que florece en todo su esplendor la limitación campesina. Conquistar a los campesinos es la cuestión que está hoy a la orden del día, aunque el Schäffle ese de la "quintaesencia" se venga esforzando desde hace tiempo en movilizar las cabezas campesinas antioleativas para la defensa del orden. El desplazamiento e invasión de la industria doméstica por el capital, el tránsito cada vez más veloz de la agricultura a la explotación capitalista, la destrucción o disminución de la pequeña propiedad por los vínculos hipotecarios, la desaparición de los pastos comunes, la usura, los impuestos y el militarismo, todo esto reunido empieza a hacer milagros en esas cabezas, nacidas según se dice para

apoyar el orden reinante.

Los alemanes fueron los primeros en lanzarse a esta cruzada, a la que les impulsaban, aunque otra cosa no fuese, las posibilidades de su inmensa organización: de las ciudades se desplazaron a los pueblos y de aquí, inevitablemente, a la campiña. Los primeros ensayos en este terreno han de ser por fuerza hártos difíciles y trabajosos, y esto explica y disculpa, o disculpará, los errores cometidos o que en el futuro se cometan. Mientras no conquistemos a los campesinos, dejaremos a nuestra espalda esa "limitación aldeana", posible fuente inconsciente, por limitada, de otro 18 Brumario o de otro 2 de Diciembre.

El desarrollo de la sociedad moderna en Rusia avanzará probablemente al paso con esta conquista del campo. Cuando este campo haya entrado en la era liberal, con todas sus imperfecciones y todos sus defectos, con todas las formas de la explotación y la proletarización moderna, pero también con todas las reparaciones y ventajas que el progreso político del proletariado ofrece, la democracia social no tendrá ya ningún peligro imprevisto que temer de fuera, y al mismo tiempo habrá triunfado, con la conquista de las masas campesinas, sobre los peligros de dentro.

El ejemplo de Italia es hártos instructivo. Después que este país hubo entrado en la era capitalista, quedó para varios siglos al margen del ritmo de la historia. Es un caso típico de decadencia, que puede estudiarse precisa y documentalmente en todas sus fases. Durante la era napoleónica, Italia volvió a incorporarse a la marcha de la historia, en parte al menos. Reconquistó su unidad y, pasado el período de la reacción y las conspiraciones, se

convirtió, bajo las circunstancias de todos conocidas, en un Estado moderno. Hoy, Italia conoce todos los vicios del parlamentarismo, del militarismo y de las finanzas modernas, pero sin poseer al mismo tiempo un régimen moderno de producción, ni la posibilidad de concurrencia bajo condiciones iguales. Nuestro país no puede competir con los de industria avanzada, porque adolece de una falta absoluta de carbón, de una gran penuria de hierro y de una gran escasez de capacidades técnicas; espera o confía, sin embargo, que la aplicación de la energía eléctrica le permitirá recuperar el tiempo perdido. Siendo como es un Estado moderno instaurado en una sociedad casi exclusivamente agraria y en un país en que la agricultura se halla, en buena parte, muy atrasada, nutre ese sentimiento general de malestar que se extiende a todo.

De aquí la inconsciencia y falta de cohesión de los partidos, las vertiginosas oscilaciones que van desde la demagogia hasta la dictadura, el tropel, la muchedumbre y el ejército innumerable de los parásitos, arbitristas y fantaseadores políticos. Este curioso espectáculo social de un progreso obstruido, entorpecido, limitado y sin embargo, inseguro, aparece iluminado con vivo resplandor por un espíritu penetrante, que no siempre es la expresión y el fruto de una cultura moderna, amplia y auténtica y que, sin embargo, como residuo que es de una cultura milenaria, ostenta el sello de un gran refinamiento espiritual. Italia no ha sido nunca, por razones fácilmente comprensibles, terreno abonado para el cultivo original de ideas y tendencias socialistas. El italiano Felipe Buonarrotti, empieza siendo amigo del joven Robespierre, se hace luego camarada de Babeuf e intenta más tarde, después de 1830, reencender en Francia el babeuismo. El socialismo no da señales de vida en

Italia hasta la época de la Primera Internacional, bajo la forma concisa e incoherente del bakunismo; y no era, además, un movimiento de obreros, sino de pequeños burgueses y revolucionarios por principio.¹ Durante estos últimos años, el socialismo se ha aclimatado en una forma que refleja casi el tipo general de la socialdemocracia. Las insurrecciones de los campesinos sicilianos, a las que han seguido y seguirán otras revueltas del mismo género en el continente, dan en Italia la primera señal de vida del proletariado. ¿No es esto bastante significativo?

Después de esta breve ojeada sobre la historia del socialismo contemporáneo, nuestro pensamiento se vuelve complacido a aquellos precursores que hace cincuenta años ocuparon, con su Manifiesto, un puesto de avanzada en el camino del progreso. Y al decir esto, no nos referimos tan sólo a los teóricos, a Marx y a Engels. Estos dos hubieran ejercido siempre y bajo cualesquiera circunstancias, desde la cátedra o desde la tribuna o por medio de sus libros, una influencia considerable sobre la política y la ciencia, aun cuando no hubiesen topado en su camino con la Liga Comunista: tan grandes eran la fuerza y la originalidad de su espíritu y la extensión de sus conocimientos. No, nos referimos principalmente a los elementos anónimos, a los desconocidos, para emplear la jerga dudosa y vacua de la literatura burguesa, al zapatero Bauer, a los sastres Lessner y Eccarius, al miniaturista Pfänder, al relojero Moll, a Lochner

¹ Otra cosa acontece en Alemania, donde el socialismo se introduce después de 1830, erigiéndose en corriente literaria y pasando por los cambios filosóficos que tenían por principal representante a Grün. Pero ya antes de proclamarse la nueva doctrina, el socialismo había cobrado un sello proletario característico, gracias a la propaganda y a las obras de Weitling, el gigante en la cuna, como Marx le llamó en el *Vorwaerts* de 1844.

y a tantos y tantos otros que por primera vez levantaron conscientemente la bandera de nuestro movimiento. El grito de "¡Proletarios de todos los países, uníos!" señala el momento en que estos hombres aparecen, y el tránsito del socialismo del campo de la utopía al campo de la ciencia, proclama los frutos de su labor. La continuidad de su instinto y de su primer impulso en la obra de hoy es el mérito inolvidable que los hace acreedores a la gratitud de todos los socialistas.

Yo, como italiano, vuelvo la mirada con tanta más complacencia a estos orígenes del socialismo moderno cuanto que, a lo menos para mí, no deja de tener su importancia esta declaración estricta de Engels: "El descubrimiento de que las situaciones y los sucesos políticos se explican siempre y en todas partes por los fenómenos económicos correspondientes, no lo hizo Marx en el año 1855, sino el señor Loria en 1866. A lo menos, lo llevó a la conciencia de sus connacionales y, con la publicación de su libro en francés, a la de algunos franceses, y bien puede jactarse de ser el autor de una nueva teoría de la historia que hace época, hasta que los socialistas de su país tengan un rato libre para despojar al jurista señor Loria de esas plumas hurtadas de pavo con que se adorna."

Antes de terminar, tengo que detenerme todavía en algunos puntos.

De todas partes y de todos los campos se alzan protestas y se disparan objeciones contra el materialismo histórico. A este clamor unen su voz, aquí y allá, los socialistas recién llegados, los socialistas filantrópicos, sentimentales, y algunos de ellos, no pocos, histéricos. Y luego se alza, como un *Inri*, la cuestión del estómago. Otros se entregan a ejerci-

cios de esgrima lógica sobre las categorías abstractas del heroísmo y el altruismo; para otros, finalmente, se presenta siempre, en el momento favorable, la inevitable lucha por la existencia.

¡La moral! ¿Pero no conocíamos ya, desde hacía largo tiempo, la moral del período burgués por la fábula de las abejas de Vandeville, cuya aparición coincidió con los orígenes de la economía clásica? Y acaso la política de esta moral, ¿no aparece trazada, en trazos inolvidables, por el primer escritor clásico de la era capitalista, por Maquiavelo, que si no inventó el maquiavelismo fue su más celoso y fiel secretario y amanuense? Y el duelo lógico entre el heroísmo y el altruismo, ¿no lo hemos visto desfilar ya ante nosotros, comenzando por el cura Malthus y acabando por ese aburrido y prolijo charlatán sin contenido, el inevitable Spencer? ¡La lucha por la existencia! ¿Pero es que existe, es que puede observarse, estudiarse, comprenderse ninguna que tenga para nosotros más importancia que la que engendra y nos brinda en proporciones gigantescas la agitación proletaria? ¿O es que queréis acaso contraer la explicación de esta lucha que se libra sobre la paleta de la sociedad, superior a la naturaleza, una palestra que el propio hombre se ha ido creando a lo largo de los tiempos con su trabajo, su técnica y sus instituciones y que él mismo puede transformar mediante formas nuevas de trabajo, de instituciones y de técnica; es que acaso queréis reducir la explicación de esta lucha a la que libran en general las plantas, los animales, y los propios hombres en cuanto lo son, en el regazo de la naturaleza?

Pero, volvamos a nuestro tema.

El comunismo crítico no se ha negado jamás, ni se niega, a aceptar los muchos y fecundos acicates ideológicos, éticos, psicológicos y pedagógicos que suponen el conocimiento y el estudio de todas las formas del comunismo, desde Faleas de Calcedonia hasta Cabet. Más aún, el estudio y el conocimiento de estas formas desarrolla y consolida la conciencia de aquello por lo que el socialismo científico se distingue de todo lo demás. ¿Quién, que ahonde en este estudio, no reconocerá que Tomás Moro era un alma heroica y un gran escritor del socialismo? ¿Quién no atesorará una buena dosis de admiración hacia Roberto Owen, el primero que enriqueció la ética del comunismo con este principio inatacable: el carácter y la moral del hombre son un resultado necesario de las condiciones en que vive y de las circunstancias que le rodean? Los partidarios del comunismo crítico consideran su deber, recorriendo la historia a la luz de la idea, abrazar el partido de todos los oprimidos, aunque su destino haya sido casi siempre el de seguir siéndolo para allanar el camino, después de algunos triunfos fugaces, a la instauración de nuevos opresores.

Pero hay un punto en que los partidarios del comunismo crítico se separarán inequívocamente de cualesquiera otras formas o clases de comunismo, viejo, moderno o contemporáneo, y este punto tiene una decisiva importancia.

Los comunistas críticos no pueden conceder que las ideologías pasadas hayan discurrido sin dejar huella y que las pasadas tentativas del proletariado hayan sido abatidas todas por el mero azar, por la casualidad, por un capricho de las circunstancias. Si bien todas estas ideologías presintieron en realidad antagonismos sociales, es decir, verdaderas luchas de clases, sintiéndolas con un alto sentido de justicia y una profunda consagración a un ideal,

todas ellas revelan desconocimiento de las verdaderas causas y del carácter real de los antagonismos contra los que, en un alarde de indignación espontánea y no pocas veces heroica, se levantaron. De aquí proviene su carácter utópico. Nosotros nos explicamos al mismo tiempo por qué las opresiones de otras épocas, aun siendo más bárbaras y más crueles, no provocaron la energía contenida, la fuerza concentrada y la resistencia permanente de que es personificación el proletariado de nuestro tiempo. Los cambios operados en la estructura económica de la sociedad, la formación del proletariado en el seno de la gran industria y del Estado moderno, la aparición de este proletariado en la esfera política: he ahí, en suma, los nuevos hechos, que han engendrado la necesidad de nuevas ideas. Por eso el comunismo crítico de hoy no es ni moralista, ni predicador, ni acusador, ni utópico: porque tiene ya su causa en sus manos y ha depositado en ella toda su moral y todo su idealismo.

Esta explicación, que a los sentimentales se les antoja demasiado cruda sólo porque es demasiado verdadera y demasiado real, nos permite escribir retrospectivamente la historia del proletariado y de cuantas clases oprimidas le precedieron. Nos permite representarnos sus diversas fases, poner en claro el fracaso del cartismo y de la "Conspiración de los Iguualitarios" y remontarnos, más todavía, hasta llegar a los orígenes de las sublevaciones, resistencias y guerras contra la injusticia, hasta la famosa guerra de los campesinos de Alemania y hasta la *Jacquerie* y fra Dolcino. En todos estos hechos y en todos estos sucesos descubriremos formas y fenómenos relacionados con la gestación de la burguesía y sus esfuerzos por desgarrar y destruir el sistema feudal, hasta triunfar sobre él e instaurarse como régimen nuevo. Pode-

mos incluso enfocar, aunque ya con menos claridad, las luchas de clases del mundo antiguo. Y esta historia del proletariado y de las demás clases oprimidas, de sus constantes y siempre mudables luchas y revueltas, nos permite ya comprender por qué las ideologías del comunismo de otras épocas fueron todas prematuras.

Si la burguesía no ha llegado aún en todas partes al límite extremo de su desarrollo, es evidente que, en ciertos países, ha alcanzado ya su apogeo. En los países más avanzados somete, directa o indirectamente, las diferentes formas anticuadas de producción a la acción y a la ley del capital. De este modo, simplifica, o por lo menos aspira a simplificar, las diferentes luchas de clases de otros tiempos, pugnantes las unas con las otras por su variedad, reduciéndolas a una sola: la lucha entre el capital, que convierte en mercancías todos los productos del trabajo humano necesarios para la vida, y la masa proletarizada, que vive de vender su fuerza de trabajo, convertida también en simple mercancía. El secreto de la historia se ha simplificado. Ha tomado caracteres completamente prosaicos. Y así como la lucha de clases de los tiempos presentes es la simplificación de todas las demás, así el Manifiesto Comunista simplifica en formas teóricamente claras y generales las sugerencias ideológicas, éticas, psicológicas y pedagógicas de las demás formas del comunismo, no negándolas, sino elevándolas de nivel. Todo es prosaico, y la propia doctrina comunista comparte este prosaísmo, al convertirse en una ciencia. En el Manifiesto Comunista no hay retórica ni gritos de protesta. No se lamenta del pauperismo, queriendo acabar con él a fuerza de lamentaciones. No derrama lágrimas sobre nada. Las lágrimas de las cosas se han convertido por sí mismas en una fuerza espon-

táneamente contenida y concentrada. La moral y el idealismo consisten ahora en poner la idea científica al servicio del proletariado. Si esta moral no les parece bastante a los sentimentales, casi siempre simples e histéricos, que el gran sacerdote Spencer les haga un empréstito de altruismo. Spencer les dará, a falta de otra cosa, su lamentable y vacua definición. Ellos verán si les satisface.

¿Pero, es que basta el factor económico para explicar toda la historia?

Y se nos habla de factores históricos complejos. Es un término muy propio de empiristas o de ideólogos, que no hacen más que repetir a su Herder. La sociedad es un todo complejo; un organismo, si preferimos la expresión de esos que pierden el tiempo discutiendo acerca del valor y de la aplicación analógica de esta palabra. Y este complejo se ha formado y ha cambiado ya no pocas veces. ¿Cuál es la explicación de estos cambios?

Ya mucho antes de que Feuerbach asestase el golpe de muerte a la concepción teológica de la historia ("es el hombre quien hace la religión, y no la religión la que hace al hombre"), había escrito el viejo Balzac, el Balzac del siglo XVII, su sátira convirtiendo a los hombres en muñecos de cuyos hilos tiraba Dios. Y ya Vico había reconocido que la previsión en la historia no actuaba desde fuera. Este mismo Vico, adelantándose en un siglo a Morgan, reducía la historia a un proceso recorrido por el hombre a lo largo de su experiencia gradual, a través de la invención del lenguaje, de las religiones, de las costumbres y del derecho. Lessing había atestiguado que la historia era la educación del género humano. Juan Jacobo Rousseau había visto que las ideas brotan de las nece-

sidades. Y Saint-Simon, cuando no se perdía en la distinción entre épocas orgánicas e inorgánicas, penetraba en la historia de los orígenes reales del "tercer estado", y sus ideas traducidas en prosa hacían de Agustín Thierry un renovador de los estudios históricos.

En la primera mitad del siglo XIX, y sobre todo en el período que va desde 1830 hasta 1850, las luchas de clases, que los historiadores antiguos y los italianos del Renacimiento describían con tanta claridad, adoctrinados por la experiencia de estas luchas dentro de las reducidas fronteras de sus ciudades republicanas, habían tomado gigantescas proporciones, cobrando, de ambos lados del Canal, una extensión cada vez mayor y una vida cada vez tangible. Engendradas en el seno de la gran industria, iluminadas por el recuerdo y el estudio de la Gran Revolución, adquirirían bulto plástico y ejemplar porque encontraban en los programas de los partidos políticos, con mayor o menor claridad de conciencia, expresión sugestiva y actual: en Inglaterra era, por ejemplo, el libre comercio o los aranceles de los trigos. En Francia, la concepción de la historia cambiaba visiblemente, así en el ala derecha como en el ala izquierda de los partidos literarios, desde Guizot hasta Luis Blanc y el modesto Cabet. La sociología era una necesidad de los tiempos, que, si buscaba en vano su expresión teórica en Augusto Comte, escolástico trasnochado, encontraba su artista en Balzac, cuyas obras no hacen, en realidad, más que pintar la psicología de las clases. Estaba a punto de buscarse y descubrirse en las clases y en sus conflictos el verdadero tema de la historia, trasponiendo la dinámica de ésta a la de aquéllas; la teoría de todas estas intuiciones aguardaba la mano que la trazase en términos precisos.

El hombre no ha creado su historia reflexivamente ni para marchar por la línea de un progreso trazado de antemano. La ha creado imponiéndose sus propias condiciones, es decir, creando con su trabajo un mundo circundante de artificio, desarrollando gradualmente sus aptitudes técnicas y acumulando y transformando dentro de este mundo nuevo que le rodea los frutos de su actividad. Sólo existe una historia, la historia real, la que real y verdaderamente ha discurrido, a la que no podemos descender partiendo de otra historia posible cualquiera. ¿Dónde encontraríamos las leyes de esta génesis y evolución? Las formaciones antiquísimas no se analizan así como quiera. Pero la sociedad burguesa, acabada de nacer como quien dice y que ni siquiera ha cobrado pleno desarrollo en todos los países de Europa, trae todavía pegadas las huellas germinales de sus orígenes y de su progreso, y estas huellas son mucho más visibles en aquellos países como en el Japón, en que están naciendo, por así decirlo, ante nuestros ojos. Esta sociedad, en cuanto régimen que convierte en mercancías con ayuda del capital todos los productos del trabajo humano, creando o presuponiendo un proletariado y llevando en su entraña la confusión y la inseguridad de innovaciones constantes, surge en determinadas épocas, con arreglo a normas claras y fácilmente discernibles, aunque mudables. Las modalidades de su evolución varían en los distintos países: en Italia, por ejemplo, esta evolución comienza antes que en ningún otro país, para luego interrumpirse; en Inglaterra, es el producto de tres siglos, durante los cuales se destruyeron económicamente las antiguas formas de producción o, para decirlo en términos jurídicos, las viejas formas de propiedad. Hay países en que se va formando paulatinamente gracias a una alianza con las fuerzas que la prece-

den, como ocurre en Alemania, y sometiéndose por adaptación a la influencia de éstas; en otros, rompe violentamente la envoltura y las fuerzas de resistencia, como ocurrió en Francia, donde la Gran Revolución nos brinda el ejemplo más vigoroso y vertiginoso de acción histórica que se conoce y funda la más grandiosa escuela de sociología.

Estos orígenes de la sociedad moderna o burguesa aparecen registrados, como ya he dicho, con trazos rápidos y ejemplares en el Manifiesto, donde se esboza su perfil anatómico, poniendo de relieve las fases por que atraviesa: el gremio, el comercio, la manufactura y la gran industria, y se enumeran, al mismo tiempo, los órganos e instrumentos complejos que de ella se derivan: el derecho, las formas políticas, etc. En estas páginas se contienen ya, indirectamente, los elementos de la teoría que ha de explicar la historia por el principio de la lucha de clases.

Esta misma sociedad burguesa, que viene a revolucionar las anteriores formas de producción se explica a sí misma y explica su desarrollo al crear la teoría de su estructura: la economía. Pues esta sociedad no se desarrolla con la inconsciencia en que discurren las sociedades anteriores, sino envuelta en el resplandor del mundo moderno, desde el Renacimiento para acá.

Como es sabido, la Economía, en sus orígenes, va surgiendo fragmentariamente con la primera burguesía, la de los comerciantes, y los grandes descubrimientos geográficos, es decir, con la primera y la segunda fases del mercantilismo. Y surge para contestar a preguntas concretas, como por ejemplo: ¿Es lícito el lucro? ¿Es provechosa para los Estados y las naciones la acumulación de riquezas? Luego,

conforme fue creciendo, se detuvo en los aspectos más complicados que ofrecía el problema de la riqueza, para desarrollarse en el tránsito del mercantilismo a la manufactura, y, más velozmente todavía, arrollándolo todo, en el tránsito de ésta a la gran industria. Convirtiéndose en el alma y la llama espiritual de la burguesía, que aspiraba a conquistar la sociedad. Como ciencia, sus líneas generales se habían perfilado ya en vísperas de la Gran Revolución, y fue ella quien dio la señal de rebelión contra las viejas formas del feudalismo, el gremio, el privilegio, las restricciones puestas al trabajo; la que anunció, en una palabra, la era de la libertad. En rigor, aquel derecho natural que venía desarrollándose desde los precursores de Grocio hasta Rousseau, Kant y la Constitución del 93, no era más que la imagen y el complemento ideológico de la Economía, hasta el punto de que muchas veces la cosa principal y el complemento se confundían en el espíritu y en los postulados de los escritores, como el ejemplo típico de los fisiócratas lo demuestra.

Como teoría, la Economía analizaba, distinguía, investigaba los elementos y las formas del proceso evolutivo de la producción, la circulación y la distribución, reduciendo el conjunto a categorías: dinero, capital, intereses, ganancias, renta del suelo, salario, etc. Segura de sí misma y acumulando sus investigaciones, avanza desde Petty hasta Ricardo. Dueña del terreno, apenas hay quien le ponga objeciones. Arrancaba de dos postulados, que ni siquiera se molestaba en demostrar; tan evidentes le parecían. Uno era que el orden social por ella estudiado constituía el orden natural. Otro, que la propiedad privada sobre los medios de producción se identificaba con la libertad humana, de donde se desprendía necesariamente el sistema del trabajo asalariado y la

baratura de los jornaleros. Dicho en otros términos, no tenía conciencia del carácter histórico de las formas que estudiaba. Las contradicciones con que tropezaba en su tentativa, varias veces fracasada, de sistematización, esforzándose en superarlas por vía lógica, como hacía, por ejemplo, Ricardo en su campaña contra la renta del suelo.

A comienzos de siglo, estallaban con violencia las primeras crisis y los primeros movimientos obreros informados directamente por el gran problema del paro. El ideal del orden natural se viene a tierra. La riqueza engendra la miseria. La gran industria, al subvertir todas las relaciones sociales, aumenta los vicios, las enfermedades, el servilismo: se torna, en una palabra, en fuente de degeneración. El progreso engendra el atraso. ¿Qué hacer, para que el progreso sólo engendre progreso, es decir, para que brinde a todos y en igual medida bienestar, salud, seguridad, educación y desarrollo espiritual. En esta pregunta se contiene todo Owen, quien coincide con Fourier y Saint-Simon en que ya no se trata de apelar a la religión ni al sacrificio, sino de disolver y superar las contradicciones sociales sin mermar, antes bien fortificándola, la energía técnica e industrial del hombre. Por esta senda se remonta Owen al comunismo, y él es quien primero lo abraza en medio del ambiente creado por la industria moderna. La contradicción reside toda ella en el conflicto entre el régimen de producción y de distribución. Esta contradicción tiene que desaparecer necesariamente en una sociedad que produzca con régimen colectivo. Owen se hace utopista. Pretende crear la sociedad perfecta por vía de ensayo, y se consagra a esta empresa con una obstinación heroica y una austeridad sin ejemplo, laborando y laborando hasta reducir sus proyectos a términos de precisión matemática.

Una vez que se hubo descubierto el conflicto entre la producción y la distribución, aparecieron en Inglaterra, desde Thompson hasta Bray, una serie de escritores cuyo socialismo no era ya utópico en el sentido estricto de la palabra, pero sí unilateral, pues se proponía por fin curar los males descubiertos y denunciados de la sociedad con otros tantos remedios eficaces. Pero el primer paso de cuantos ponen el pie en la senda del socialismo es siempre el descubrimiento del conflicto entre la producción y la distribución. En seguida, se alzan las consabidas e inocentes preguntas: ¿Por qué no abolir la pobreza? ¿Por qué no acabar con el paro forzoso? ¿Por qué no suprimir el papel del dinero como intermediario? ¿Por qué no fomentar el intercambio directo de productos, sobre la base del trabajo que representan? ¿Por qué no entregar al obrero el producto íntegro de su trabajo? Y por ahí adelante. Todas estas preguntas pretenden reducir las cosas más reacias y resistentes de la vida real a otros tantos fundamentos racionales y se empeñan en combatir el régimen capitalista como si se tratase de una máquina que se pueda desmontar, quitándole o añadiéndole piezas, tornillos y muelles.

El comunismo crítico rompe definitivamente con todas estas tendencias y lleva adelante la Economía clásica como su continuador, viendo en ella la teoría de la estructura de la moderna sociedad. Nadie puede combatir práctica, política o revolucionariamente esta estructura sin antes tener una idea clara de sus enlaces y elementos, lo cual exige un estudio concienzudo de la teoría que los explica. Estos enlaces, elementos y formas surgen bajo determinadas condiciones históricas, pero constituyen, en conjunto, un sistema y una necesidad. ¿Puede nadie confiar en destruir este sistema mediante la negación lógica o por argumentos de raciocinio? ¿Extir-

par el pauperismo? ¿Y cómo, si es una condición necesaria del capitalismo? ¿Entregar al obrero el producto íntegro de su trabajo? ¿De dónde van a salir, entonces, las ganancias del capital? ¿Y cómo y de dónde se iba a multiplicar el dinero invertido en comprar mercancías, si entre éstas no se encontrase una que aporte a su comprador más de lo que le cuesta? ¿Y cuál es esta mercancía sino el trabajo asalariado? El sistema económico no es una trama de fundamentos racionales, sino un complejo coherente de hechos, que engendra una trama compleja de relaciones. Y es necio creer que este sistema de hechos, levantado por la clase dominante a costa de esfuerzos y de siglos, por la violencia, la astucia, el talento y la ciencia, vaya a dimitir y a destruirse a sí mismo para dejar paso franco a las pretensiones de los pobres que reclaman su derecho y a los argumentos de razón de sus abogados y defensores. Imposible exigir la supresión de la miseria sin exigir con ello la destrucción de todo lo demás. Sería disparatado pedir a esta sociedad que cambiase el derecho con que se defiende. Sería ahogarse en una lamentable falta de lógica exigir del Estado que renunciase a ser el escudo defensivo de esta sociedad y de este derecho.¹ Ese socialismo limitado, que, sin ser precisamente utópico, parte del supuesto de que la sociedad consentirá poner correctivo a algunas de sus faltas sin acudir a la revolución, es decir, sin transformar fundamentalmente los elementos generales que forman la estructura

¹ En Prusia ha surgido, por ejemplo, la ilusión de una monarquía social que, remontándose por encima de la era del liberalismo, resolverá armónicamente la llamada cuestión social. Esta necesidad aparece expuesta en innumerables modalidades de socialismo de cátedra y de Estado. A las diferentes formas de utopismo ideológico y religioso, viene a sumarse una forma nueva: la utopía burocrática y fiscal, la utopía del cretinismo.

de esa misma sociedad, no pasa de ser una creencia inofensiva. Donde con mayor claridad se nos presenta la contradicción de este modo de pensar con las leyes severas de la realidad histórica es en Proudhon, que imita, consciente e inconscientemente, a algunos de aquellos socialistas limitados de Inglaterra y pretende contener y transformar la historia por medio de una definición y sin esgrimir más arma que un silogismo escolástico.

Los comunistas críticos reconocen a la historia el derecho de seguir los derroteros de su vocación. El periodo burgués puede ser superado, y lo será. Pero mientras exista, tiene sus leyes. La condicionalidad de las leyes consiste en que se forman y se desarrollan con sujeción a determinadas condiciones, pero condicionalidad no quiere decir, ni mucho menos, ausencia de necesidad, mera apariencia, pompa de jabón. Estas leyes pueden desaparecer, y desaparecerán, tan pronto como la sociedad cambie. Pero no para dejar paso a la idea arbitraria que reclama una mejora, proclama una reforma o esboza un plan. El comunismo hace causa común con el proletariado porque sólo en él reside la fuerza revolucionaria que rompe, hace añicos, estremece y disuelve la actual forma de la sociedad, creando poco a poco en su seno nuevas relaciones; o, dicho más exactamente, el hecho de estos cambios revela que esas nuevas relaciones han nacido ya.

La teoría de la lucha de clases había sido descubierta. Se la vio apuntar en los orígenes de la burguesía, cuyo desarrollo interno aparecía ya estudiado por la ciencia económica, y en la nueva manifestación del proletariado. La condicionalidad de las leyes económicas quedaba puesta de relieve, pero con ella se conocía, a la par, su condicionada necesidad. En esto reside todo el método y toda la razón de ser de la nueva concepción de la historia. Se

engañan los que creen que con invocar la interpretación económica de la historia lo explican todo. Y al decir esto, nos referimos principal y casi exclusivamente a ciertas tentativas analíticas que, separando unas de otras las formas y categorías económicas y las diferentes manifestaciones del derecho, la legislación, la política, las costumbres, etc., investigan cada fenómeno de por sí y estudian luego las mutuas influencias de estos diferentes aspectos de la vida, enfocados en abstracto. Nuestra posición es totalmente distinta. Nosotros abrazamos una concepción orgánica de la historia. Ante nuestro espíritu se alza la unidad íntegra de la vida social. La propia economía se diluye a lo largo de un proceso para presentarse en otras tantas fases morfológicas, en cada una de las cuales sirve de cimiento a todo lo demás. No se trata, en suma, de extender el llamado factor económico, aislado, en abstracto, al resto de la vida social, como nuestros adversarios se imaginan, sino que se trata, ante todo, de comprender históricamente la Economía y de explicar por sus cambios los demás. He ahí nuestra respuesta a cuantas críticas se nos hacen desde todos los terrenos de la sabia ignorancia, sin excluir a los socialistas sentimentales e histéricos, tan carentes de información. Y he ahí también explicado por qué Marx, en *El Capital*, no escribió el primer libro de comunismo crítico, sino la última obra magna de la Economía burguesa.

Cuando el Manifiesto vio la luz, el horizonte histórico no trascendía del mundo antiguo, de las instituciones germánicas, apenas estudiadas, y de la tradición bíblica, a la que hacía poco se habían reducido las condiciones profanas de toda historia. Nuestro horizonte histórico es hoy muy otro, pues

se remonta hasta las antigüedades arias y hasta las viejísimas formas sociales de Egipto y la Mesopotamia, anteriores a todas las tradiciones semíticas. Y el conocimiento moderno ahonda todavía más, hasta la prehistoria, es decir, hasta la historia no escrita. Morgan nos ha dado a conocer la sociedad prepolítica y la clave para entender cómo arrancan de aquí todas las instituciones sociales de los tiempos posteriores: la monogamia, el desarrollo de la familia patriarcal, la propiedad, primero gentilicia, luego familiar y a la postre individual, las alianzas graduales entre los grupos gentilicios, de las que luego surge el Estado. Todo esto se ilustra por el conocimiento del desarrollo técnico en la invención y aplicación de los medios e instrumentos de trabajo y el análisis de la influencia que estos progresos ejercen sobre el complejo social, impulsándolo en una determinada dirección de progreso y haciéndolo atravesar por diferentes etapas. Estos descubrimientos podrán ser corregidos en ciertos puntos, sobre todo mediante el estudio de las diferentes formas específicas a través de las que se opera, en las diferentes partes del mundo, el tránsito de la barbarie a la civilización. Pero, ya desde ahora, es un hecho indiscutible que estamos en presencia del proceso general de evolución de la especie humana desde el comunismo primitivo hasta las instituciones más complejas que rigen, por ejemplo, en Atenas y en Roma, con sus constituciones políticas, en que los ciudadanos aparecen divididos en clases con arreglo al censo de fortuna y que hasta hace poco eran las columnas de Hércules de los estudios históricos según la tradición escrita. Las clases, de las que como supuesto previo arranca el Manifiesto, se disuelven a partir de ahora en su proceso constitutivo, y en éste nos encontramos ya con el esquema de los fundamentos y causas económicas

que forman, en nuestro periodo burgués, las categorías de la ciencia de la Economía. El sueño de Fourier de ver entrar la época de la civilización en los cauces de un largo y vasto proceso evolutivo, se ha realizado. Está resuelto científicamente el problema de saber cómo nació la desigualdad entre los hombres, problema que Juan Jacobo Rousseau había intentado resolver valiéndose de razonamientos dialécticos de gran originalidad, pero con un número demasiado pequeño de datos materiales en que apoyarse.

Hay dos puntos, de decisiva importancia para nosotros, en que la evolución humana se nos presenta tangible: uno, son los orígenes de la burguesía, tan recientes todavía y perfectamente esclarecidos por la ciencia económica; otro, la vieja forma de la sociedad dividida en clases, o, para decirlo con Morgan, el tránsito de la fase superior de barbarie a la fase de civilización (época del Estado). Todo lo que queda entre estos dos periodos es lo que hasta hoy ha atraído la atención de los cronistas y de los llamados historiadores, de los juristas, los teólogos y los filósofos. No es cosa fácil recorrer toda esta zona, pertrechados con la nueva concepción de la historia. No conviene pecar por precipitación, ni aferrarse al esquematismo. Lo primero es conocer la economía peculiar a cada periodo histórico,¹ para deslindar con toda exactitud las clases que en él se forman; hay que cuidarse de evitar hipótesis inseguras y guardarse de proyectar sobre otras épocas las condiciones de vida de hoy. Para llevar a cabo todo esto, hacen falta falanges de trabajadores. Así por ejemplo, la afirmación que en el Manifiesto se hace, hablando de los primeros orígenes universa-

¹ ¿Quién hubiera creído, hace unos cuantos años, que se iba a descubrir y a investigar concienzudamente un viejo Derecho babilónico?

les de la burguesía y diciendo que nace de los siervos de la Edad Media y se va formando paulatinamente en las ciudades, no puede aceptarse con carácter general. Esos orígenes se dan en Alemania y en otros países cuya evolución es parecida. Pero no ocurre así en Italia, ni en el sur de Francia, ni en España, pueblos en los que comienza la primera historia de la burguesía, que vale tanto como decir de la moderna civilización. En esta primera fase, encontramos reproducidas todas las condiciones previas de cualquier sociedad capitalista, a que Marx hace referencia en una nota al primer volumen de *El Capital*. Esta primera fase, que cobra su forma perfecta en la comuna italiana, constituye la prehistoria de la acumulación capitalista, que Marx investiga y demuestra, con tan elocuentes detalles, en la historia de Inglaterra. Pero aquí tengo que poner punto final.

Los proletarios sólo pueden mirar al porvenir. A los socialistas científicos les interesa sobre todo el presente, en cuyo seno germinan y se desarrollan espontáneamente las condiciones del mañana. El conocimiento del pasado sólo interesa y aprovecha, prácticamente, en la medida en que alienta y vigoriza la explicación de lo actual. Por el momento, basta con que los partidarios del comunismo crítico hayan puesto al desnudo desde hace cincuenta años los elementos de la nueva y definitiva filosofía de la historia. Este modo de ver no tardará en imponerse, porque será imposible enfocar las cosas del modo contrario; pasará, con este descubrimiento, lo que con el huevo de Colón.

Puede también ocurrir que, antes de que un ejército de investigadores haya aplicado esta concepción a la trayectoria toda de la historia hasta nuestros días, sean tan grandes los triunfos del proletariado, que la época burguesa sea considerada por

todos como superada porque esté a punto de superarse. Comprender, decía Hegel, es superar.

Cuando hace cincuenta años, el Manifiesto Comunista trocó a los proletarios de seres infelices y dignos de lástima en los legítimos enterradores de la burguesía, las proporciones de este cementerio tenían que representárseles por fuerza muy pequeñas a aquellos escritores cuyo pujante estilo tan mal encubre el idealismo de su pasión intelectual. Sólo abarcaría en su mente, con toda probabilidad, dos países: Francia e Inglaterra, sin tocar apenas las fronteras de otros, como por ejemplo Alemania. Hoy, a nuestros ojos, ha cobrado proporciones inmensas, por el desarrollo imponente y veloz del régimen burgués de producción, que, a la par que se extiende, amplía, generaliza y multiplica el movimiento proletario, dilatando hasta la inmensidad los horizontes sobre los que se extiende la expectativa del comunismo. Los confines del cementerio se pierden en el infinito. Pero cuantas más fuerzas de producción conjura el mágico, tantas más fuerzas de rebelión desata y arma contra sí.

Todos los comunistas ideológicos, religiosos y utópicos, y hasta los proféticos y los místicos creveron en tiempos pasados que el reino de la justicia, la igualdad y la dicha tendría al mundo entero por escenario. Hoy, el mundo está asolado por la civilización, y por todas partes se alza una sociedad basada en los antagonismos de clase y en el régimen de clase, o lo que es lo mismo, en el régimen burgués de producción. El Japón puede servir de ejemplo. La coexistencia de dos naciones bajo el mismo Estado que ya advirtiera en su tiempo el divino Platón, se eterniza. El comunismo no conquistará el planeta de la noche a la mañana. Pero cuanto

más se desplacen las fronteras del mundo burgués, más numerosas serán las masas que irrumpen en él, rebasando las formas primitivas de producción y reforzando más cada día la promesa del comunismo, sobre todo porque en el terreno y en la lucha de la concurrencia van disminuyendo los extravíos de la conquista y la colonización. La Internacional de los proletarios que hace cincuenta años llevaba ya en su entraña la Liga Comunista une hoy a los trabajadores de los dos lados del océano y atestigua todos los años, el día Primero de Mayo, la unión real y activa de los proletarios de todo el mundo. Los próximos o futuros enterradores de la burguesía, y sus descendientes y biznietos, guardarán imborrable recuerdo del día en que el Manifiesto de los comunistas vio la luz.